

La villana de Vallecas

Tirso de Molina



Advertencia de Luarna Ediciones

Este es un libro de dominio público en tanto que los derechos de autor, según la legislación española han caducado.

Luarna lo presenta aquí como un obsequio a sus clientes, dejando claro que:

- 1) La edición no está supervisada por nuestro departamento editorial, de forma que no nos responsabilizamos de la fidelidad del contenido del mismo.
- 2) Luarna sólo ha adaptado la obra para que pueda ser fácilmente visible en los habituales readers de seis pulgadas.
- 3) A todos los efectos no debe considerarse como un libro editado por Luarna.

Personas que hablan en ella:

- Don VICENTE
- Don GABRIEL
- Don PEDRO
- Don GÓMEZ
- Don LUIS
- Doña SERAFINA
- Doña VIOLANTE
- POLONIA, criada
- CORNEJO, criado
- AGUADO, criado
- LUZÓN, criado
- BLAS Serrano, viejo.

- Un ALGUACIL
- MATEO, mozo de mulas.
- VALDIVIESO
- Un HUÉSPED
- Un CRIADO

ACTO PRIMERO

Salen Don VICENTE y LUZÓN

VICENTE: Llama, Luzón, a mi hermana.

LUZÓN: Según venimos de tarde,
pues ya asoma la mañana,
cansada de que te aguarde
la doncella a la ventana,
o el esclavo a la escalera,
se habrán echado a dormir.

VICENTE: Jugué y perdí.
Esta primera
nos tiene de consumir
bolsa y vida. Sales fuera
de casa al anochecer,
mudándote hasta las cintas,
y, como estás sin mujer,

ya a la polla, ya a las pintas,
damos los dos en perder,
yo, paciencia, y tú, dinero.
Volvémonos a cenar
cuando sale el jornalero,
segunda vez, a almorzar.
Llamando al alba el lucero,
aguárdate mi señora,
que, en fe de lo que te ama,
sin ti lo que es sueño ignora,
dando treguas a la cama
y nieve a la cantimplora.
Entras con llave maestra,
cenas a las dos o tres,
duermes hasta que el sol muestra
el cahiz al reloj que es
tasa de la vida nuestra.
Si la campana te avisa
de nuestra iglesia mayor,
cuando es fiesta, oyes de prisa
a un clérigo cazador,
que dice en guarismo misa.

Hincas encima del guante
una rodilla, y sobre él
más que rezador, mirante,
volatines de un coredel
pasan cuentas cada instante;
que, de oraciones vacías
como cuentas las llamaron
la dan, por no estar baldías
más de las damas que entraron,
que de las Ave-Marías.
Oyes a don Juan mentiras;
mientras alza el sacerdote,
a doña Brígida miras;
si te dio cara, picóte;
si no te la dio, suspiras;
y apenas la bendición
con el *Ite, missa est*
da fin a la devoción,
cuando salís dos o tres,
y, en buena conversación
el portazgo o alcabala
cobrando de cada una,

la murmuración señala
si es doña Inés importuna,
si doña Clara regala,
si se afeita doña Elena,
si ésta sale bien vestida,
si estotra es blanca o morena.

¡Mira tú si es esta vida
para un *Flos Sanctorum* buena!

VICENTE: Lo que se usa, no se escusa.
Eso se usa. Llama ahora.

LUZÓN De perdidos es tu excusa.

¡legue a Dios que mi señora
nos dé una vez garatusa!

Abre, pues que tienes llave.

VICENTE: ¿De qué sirve, si despierta
me espera, y que vengo sabe?

LUZÓN: Oye: abierta está esta puerta.

Para tan honesta, grave,
y amiga de estar cerrada,
mucho es que a tal hora tenga
patente en la calle entrada,
para que cualquiera venga.

VICENTE: Serán de alguna criada descuidos, o habrá sentido que venimos. Entra allá.

Vase LUZÓN

Casa sin padre o marido
es fortaleza que está
sin alcalde apercebido.
Quedando por cuenta mía
mi hermana doña Violante,
mucho mi descuido fía
del natural inconstante
de una mujer, que podría
abrir puerta a la ocasión
con la que le da mí juego.
Hechizos los naipes son;
que poco hay de juego a fuego.
¡Encantada ocupación
es la de un tahir! ¡Qué olvido
en todos causa el jugar!

Decía un bien entendido
que no hay honra que fiar
en el jugador marido.

Más que amor el juego abrasa,
porque aquél mira el honor,
cuyos límites no pasa;
pero ¿cuándo el jugador
tuvo cuenta con su casa?

A ver en mí mismo vengo
la experiencia de esto llana;
y, si enmiendas no prevengo,
es por ser cierta en mi hermana
la satisfacción. que tengo.

Sale LUZÓN

LUZÓN: Todos duermen en Zamora;
sólo no he podido hallar
a tu hermana y mi señora,
y dame que sospechar
la puerta abierta a tal hora,

y el hallar este papel
para ti sobre la mesa.

VICENTE: ¿Qué dices?

LUZÓN: No sé; por él
podrás ver si, en esta impresa,
de desafío es cartel
contra tu poco cuidado.

VICENTE: Letra es de doña Violante.

LUZÓN: Por la pinta la has sacado.

Brujulea, que adelante
verás qué juego te ha entrado.

Lee

VICENTE: "El poco cuidado, hermano
mío,
que los dos hemos tenido, tú con
tu casa y yo con mi honra, ha dado
ocasión para que de entrambas falte
la prenda de más estima. Mientras
tú jugabas dineros, perdí yo lo que

no se adquiere con ellos. Un don Pedro de Mendoza, forastero en Valencia, pagó en palabras de casamiento obras de voluntad. Huyendo se va, y dice quien le encontró, que camino de Castilla; y yo de un monasterio, que no quiero que sepas, hasta que, o hallándole me vengues, o, no pareciendo, sea el silencio de mi vida remedio de mi afrenta. Dentro de este papel va la cédula que me dió de esposo; haz lo que della gustares; y, si culpas mi liviandad, reprehende tu descuido.

Doña Violante."

¡Hay desdicha semejante!
Luzón, ¿qué es lo que he leído?
¡Sin honra doña Violante!
Tras la hacienda que he perdido,
la joya más importante

pierdo también. ¡El honor
que de mi padre heredé!
¡El patrimonio mejor,
que en Valencia espejo fué
de la nobleza y valor!
¡Por una mujer liviana!
¡Por un juego en que, violento,
un tahur la honra me gana!
¿Éste era el recogimiento
y la virtud de mi hermana?
¡Mal haya quien confianza
hace en el desasosiego
de la femenil mudanza!
¡Mal haya quien en el juego
pone hacienda y esperanza!
Que si en papeles pintados
se funda todo su ser,
livianos son sus cuidados
y si es papel la mujer,
llevando los más pesados
el viento, que burlador
mi fama deja ofendida,

bien es que llore mi error
mi hacienda al juego perdida,
como al descuido mi honor.

LUZÓN: ¿De qué ha de servir ahora
ponderar, como el perdido,
lo que tarde siente y llora?
Sepamos dónde se ha ido
mi poco cuerda señora,
y sacarás de buscalla
el saber más claramente
quién fué el que vino a engañalla.
Despertar quiero la gente.

Llamando

¡Dionisia, Lucrecia!

VICENTE: Calla;
no publiques, si eres sabio,
la infamia de aqueste insulto;
ten la lengua, cierra el labio;
que, entre tanto que está oculto,

no da deshonra el agravio.
Mientras que la noche veda
que saque el sol a poblado
infamias que decir pueda,
déjame vivir honrado
este tiempo que me queda.

LUZÓN: Pues, ¿qué hemos de hacer?

VICENTE: Advierte

en lo que me ofrece agora
la industria en la ocasión fuerte.
Don Juan de Aragón adora
a mi hermana, y es de suerte,
que, aunque intenta en Zaragoza
su padre don Luis casalle
con una señora moza,
noble, y barona del Valle,
que con otros pueblos goza,
tiene en tanto la belleza
de doña Violante ingrata,
que, sin mirar su pobreza,
las otras bodas dilata,
y a éstas su amor endereza.

Toda la gente de casa,
como tan público fué,
saben lo que en esto pasa.

LUZÓN: Y yo también, señor, sé
que por tu hermana se abrasa.

VICENTE: Oye, pues. Tú has de quedarte
aquí con un papel mío,
que, en fe de que sé estimarte
por fiel, de ti mi honor fío,
como si en él fueras parte.

Escribiré en él, Luzón,
a doncellas y a criados,
que de don Juan de Aragón
los amorosos cuidados
han llegado a ejecución
de casarse con secreto
con mi hermana en un castillo
que tiene para este efeto
prevenido, y que encubrillo
importa, por el respeto
que a su padre es bien tener;
y que, en fe de esto, llegó

esta noche, sin querer
que sepan más de él y yo
lo que determina hacer.
Por lo cual, sin avisar
a nadie, a la media noche,
a las puertas del lugar
nos esperó con un coche;
y yo, para asegurar
su alboroto y confusión,
les escribo este papel.
Fingirás admiración,
y que ignorabas en él
nuestra jornada a Aragón;
dirásle que te mandé
que nuestra vuelta esperases,
y el gobierno te encargué
de casa, y con que gastases
en mi ausencia te dejé.
También les escribiré esto.
Iré a don Juan de Aragón;
diréle que, porque ha puesto
los ojos cierto barón

valenciano y descompuesto
en mi hermana, la he sacado
de Valencia, y, por quitar
la esperanza a su cuidado,
he querido divulgar
que en secreto se han casado
los dos; y él, agradecido,
mi engaño defenderá,
y, con esto persuadido,
en pie mi honor quedará,
ignorado, aunque ofendido.
Partiré luego a Castilla
en busca de este tirano,
que a sus pies mi honor humilla;
y, si negase la mano
a quien se atrevió a pedilla,
vengándose mi esperanza,
demostrará la experiencia
lo que mi valor alcanza,
y que a injurias de Valencia
ofrece armas la venganza.

LUZÓN: Bien me parece todo eso.

VICENTE: Ven, y daréte el papel.

¡Ay, Luzón, que estoy sin seso!

LUZÓN: Tu hermana estaba sin él,
y dió en tierra con su espejo.

*Vanse. Salen Don PEDRO de Mendoza y
AGUDO, de
camino*

PEDRO: ¿Hay buenas camas?

AGUDO: De Holanda
prometen sábanas.

PEDRO: Bien.

AGUDO: Colcha y rodapiés también
de red, con su flueco y randa;
dos almohadas que alistan
lazos de azul y amarillo,
debajo de un acerillo,
y porque sus faldas vistan
las manchas, de la pared,
tres sábanas, aunque tiernas

por viejas, distinguen piernas,
ya de lienzo, ya de, red.
Un cielo encima colgado,
con fluecos del mismo modo,
que, viéndole blanco todo
dije, "el cielo está nublado,"
y dos doseles, que son
adorno del aposento;
un prolijo paramento;
pintada en él la Pasión
y la historia de Susana,
con los dos viejos y el baño;
y, al otro lado del paño,
un San Joaquín y Santa Ana,
y un ángel sobre la puerta
que con las alas los junta;
al otro un sayón que apunta
a un San Sebastián que acierta;
luego un San Antón muy viejo
con su vestido de estera,
y debajo la escalera;
junto de él, un San Alejo.

Remátase la labor
con la espigadera Rud,
cual le dé Dios la salud
al bellaco del pintor.

PEDRO: Con eso vive contenta
aquesta gente sencilla.

No es Arganda mala villa.

AGUDO: Tiene un soto que sustenta
con su caza y entretiene
a sus vecinos y dueños.

Corren toros jarameños,
que a gozar la corte viene
por pasar por él Jarama,
de quien sus vecinos beben
las fuerzas con que se atreven;
que son bravos de la fama.

PEDRO: ¿Está la maleta arriba?

AGUDO: Dando abrazos al cojín.

PEDRO: ¡Que hoy hemos de entrar, en fin,
en Madrid!

AGUDO: Él te reciba
con buen pie; que es menester

confesar y comulgar,
como quien se va a embarcar,
quien su golfo quiere ver.

PEDRO: ¿Golfo?

AGUDO: Y no de muchas leguas.

PEDRO: Bien dices, si a Madrid llamas
manso golfo de las damas.

AGUDO: Antes golfo de las yeguas.

¡Qué mal su rumbo conoces!

¿Más que te han de marear

la bolsa luego al entrar,

si tiran sus olas coces?

PEDRO: ¿Por qué, si a casarme voy?

AGUDO: Tu nombre lo ha declarado.

¿De mando a mareado,

qué va?

PEDRO: Satisfecho estoy

de que en doña Serafina

no hay recelo que me asombre,

porque, del modo que el nombre,

tiene la fama divina.

AGUDO: Serafín bien puede ser;

mas no creo en serafines,
que por andar en chapines,
son fáciles de caer.

Y serafines caídos
ya tú ves que son demonios.

PEDRO: Como aqueos testimonios
les levantan atrevidos.

AGUDO: ¿Hasla visto?

PEDRO: ¿Cómo puedo,
si ha un mes que desembarqué
de Sanlúcar y llegué
de Méjico?

AGUDO: ¿Y sin más miedo
te vas a casar con ella,
sus virtudes canonizas,
su hermosura solemnizas,
y te enamoras sin vella?

PEDRO: Escribió su padre al mío
sobre aqueste casamiento;
que no pudo el elemento
del mar enfadoso y frío
anegar correspondencias

de su pasada amistad,
pues las que la mocedad
funda, vencen las ausencias.
Informóse de su estado,
que, por ser tan conocido,
mil testigos ha tenido,
que a las Indias han pasado;
de su hacienda, que es copiosa;
de la edad, virtud y fama
que en Madrid tiene mi dama;
supo que era virtuosa
como bella, y, en belleza
la misma exageración
celebrada en opinión,
apetecible en riqueza,
moza, apacible, discreta,
y un sujeto digno, en fin,
de tan bello serafín.

AGUDO: ¿Pintótelas algún poeta?

PEDRO: No sino la fuerza mucha
de la verdad, que, pasada
por agua, es más estimada,

porque allá, tarde se escucha.

AGUDO: ¿Y lo crees como evidencia?

PEDRO: Conozco con claridad

en la ausencia la verdad,
la lisonja en la presencia.

No son los hombres de ahora
de tan sanas intenciones,
que, en vez de murmuraciones,
se hagan lenguas cada hora
en alabar excelencias
de quien no interesan nada,
pues aun de la más honrada,
sacan falsas consecuencias.

Fama, Agudo, que ha llegado
limpia a Méjico, y a prueba
de las lenguas, ¡cosa nueva!

AGUDO: Y más donde es tan usado
el murmurar, que sin ciencia
colige toda criatura,

"¿Indiano? Luego murmura."

Bien vale la consecuencia.

PEDRO: Partí a Cuenca desde el Puerto

en busca de un tío anciano,
rico y de mi padre hermano;
había un año que era muerto;
y, sin dar me a conocer
a deudos impertinentes
--que, a título de parientes,
salteadores suelen ser
de la perseguida plata,
más segura de escapar
de los peligros del mar,
que de un pariente pirata,--
voy a Madrid, donde espero
ver si se iguala en mi dama
la presencia con la fama.

AGUDO: Cenaremos, lo primero,
y dormiremos un rato.

PEDRO: Cenar sí, mas dormir no.

AGUDO: El reloj las doce dió.

PEDRO: Ponerme a caballo trato,
con el bocado en la boca.

¿Qué tenemos que cenar?

AGUDO: Puesto está un conejo a asar,

y una perdiz, a quien coca
una bota yepesina
mezclada con hipocrás,
y muerta por darnos paz.

PEDRO: ¿No hay más?

AGUDO: Hay una gallina
fiambre, y medio pernil
mercader, que trata en lonjas,
--¡y qué tales!--como esponjas
de Baco. Hay medio barril
de aceitunas vagamundas;
que las de oficio se van
de Córdoba a cordobán;
y si en postres asegundas,
en conserva hay piña indiana,
y en tres o cuatro pipotes,
mameyes, zipizapotes;
y si de la castellana
gustas, hay melocotón
y perada; y al fin saco
un tubano de tabacoo
para echar la bendición.

PEDRO: Mira si hay en la posada
algún noble forastero,
que, en mi mesa compañero,
nos haga menos pesada
la cena.

AGUDO: Nadie ha venido.

PEDRO: Sin compañía, ya sabes
que son tasajos las aves
para mí.

AGUDO: Escucha, ruido
de cabalgaduras siento,
que entran.

*Salen CORNEJO, el HUÉSPED, y GABRIEL
hablando desde dentro*

CORNEJO: Loado sea Dios,
¿hay posada para dos,
seó huésped?

HUÉSPED: Y para ciento.

GABRIEL: Alto pues; ten de ese estribo.

*Salen GABRIEL, CORNEJO y el
HUÉSPED*

GABRIEL: ¿Qué hora es?

AGUDO: Las doce han dado.

PEDRO: Seáis, señor, bien llegado.

CORNEJO:: Venga un harnero y un cribo,
y en ellos paja y cebada.

GABRIEL: Dios guarde a vuesa merced.
Esa maleta meted

donde no nos pongan nada.

CORNEJO: Huésped, venga un aposento.

PEDRO: En el nuestro puede estar,
que luego hemos de picar,
y recibiré contento

que favorezcáis mi mesa;
que, aunque la cena se enfría,
aguardaba compañía.

GABRIEL: Liberalidad es ésa
digna de vuestra presencia.

PEDRO: Pon a asar otro conejo
y perdiz.

GABRIEL: Saca, Cornejo,
ese capón.

*Vanse CORNEJO, AGUDO y el
HUÉSPED*

PEDRO: De Valencia,
conquista antigua del Cid,
vendréis.

GABRIEL: Antes determino
hacer allá mi camino.

PEDRO: ¿Pues salistes de Madrid?

GABRIEL: Para serviros.

PEDRO: ¿A qué hora?

GABRIEL: A las diez.

PEDRO: ¡Buen caminar!

Traeréis de allá que contar
mil nuevas.

GABRIEL: Haylas cada hora;

pero dejando en secreto
sucesos que por mayor
no contarlos es mejor,
porque a sus dueños respeto,
por buenas nuevas os doy
que el rey ha convalecido.

PEDRO: Gracias a Dios!

GABRIEL: Y ha salido
a Atocha en público hoy.

PEDRO: Habrá la corte con eso
vuelto en sí; que me contaban
que en ella todos andaban
sin color, sin gusto y seso.

GABRIEL: Mi palabra os doy, que ha sido
la mayor demostración
de lealtad y de afición
que en historias he leído.
No sé yo que se haya hecho
sentimiento general,
con tal muestra y llanto tal,
por ningún rey.

PEDRO: Muestra el pecho

el reino que a tal rey debe,
que en él goza un siglo de oro.
Sin conocerle, le adoro.

GABRIEL: ¿Queréis más, si es que eso os
mueve

que todo el tiempo que ha estado
en contingencia su vida,
hasta la gente perdida
dicen que se había olvidado
de ejecutar la ganancia
de su trato deshonesto?

PEDRO: Echó el sentimiento el resto,
y conoció la importancia
de la vida de tal rey,
cuya mansedumbre extraña
es causa que goce España
su hacienda, su paz, su ley,
sin contrastes ni temores.

GABRIEL: Cosa estraña, que en veinte años
que reina, ni hambres, ni daños,
pestes, guerras, ni rigores
del cielo hayan afligido

este reino!

PEDRO: Antes por él

mana España leche y miel.

De promisión tierra ha sido.

GABRIEL: No le viene el nombre mal,

pues que en su tiempo ha alcanzado

Castilla el haber comprado

la hanega de trigo a real,

y el dar la cosecha a medias

del vino, a quien a ayudar

se atreviera a vendimiar.

PEDRO: ¿Qué hay, en Madrid de come-

dias?

GABRIEL: Todo lo ha desazonado

la salud del rey en duda;

no hay quien con gusto a ella acuda.

La corte había alborotado

con el *Asombro* Pinedo

de la limpia Concepción;

y fuera la devoción

del nombre, afirmaros puedo

que en este género llega

a ser la prima.

PEDRO: ¿Y de quién?

GABRIEL: De Lope; que no están bien tales musas sin tal Vega.

PEDRO: Por mi opinión argüís.

Sale CORNEJO

CORNEJO: Si es que habemos de picar, ¿qué aguardas? Alto, a cenar.

GABRIEL: ¿De dónde, señor, venís?

PEDRO: De Cuenca inmediatamente, y de las Indias después.

GABRIEL: ¿Mucha plata?

PEDRO: El interés, como siempre está en creciente, todo lo juzga menguante.

Venid; que, mientras cenemos, muchas cosas trataremos.

GABRIEL: Id, que yo os sigo al instante.

Vase Don PEDRO

GABRIEL: ¿Adónde, Cornejo, has puesto
nuestro hato?

CORNEJO: En esta sala
donde cenáis, que no es mala,
pues éstos se van tan presto.
Junto a su maleta está
la nuestra.

GABRIEL: Ya te he advertido
que no digas que he venido
de Valencia...

CORNEJO: Acaba ya.

GABRIEL: Ni que don Gabriel me llamo
de Herrera.

CORNEJO: Pues que yo dejo
el Beltrán por el Cornejo,
no diré el nombre de mi amo.

GABRIEL: Don Pedro soy de Mendoza,
Cornejo, de aquí adelante.

CORNEJO: ¡Cuál estará la Violante!

GABRIEL: Anda ahora.

CORNEJO: ¡Pobre moza!

*Vanse. Sale doña VIOLANTE, de labradora
AGUADO, criado*

VIOLANTE: No hallo disfraz mejor
para remediar mi ultraje,
Aguado, que el labrador.

AGUADO: Y estáte tan bien el traje,
que por ti lo será amor.

VIOLANTE: Si mi don Pedro tirano,
como sospecho, ha venido
a la corte, y como es llano,
viendo su honor ofendido,
ha de seguirle mi hermano,
¿cómo podré andar segura
entre los dos, sino ansí?

AGUADO: ¿Qué es, pues, lo que hacer pro-
cura
tu ingenio?

VIOLANTE: Mudar en mí
con el traje la ventura.
Buscar el alma robada
que se va tras el honor;
dar, ya que estoy deshonrada,
diligencias a mi amor,
o a mis agravios espada.

En Madrid hay tribunales
para todos, y también
han de hallarle en él mis males;
a extranjeros trata bien,
si mal a sus naturales.

Yo espero en Dios que ha de ser
madre Madrid de mi honor.

AGUADO: Industriosa es la mujer,
el amor, enredador,
y los dos sabréis hacer
engaños con que salir
de don Pedro vencedores.

¿Ámasle?

VIOLANTE: Como el vivir.

AGUADO: Árbol que ha dado las flores,

nunca supo resistir
el fruto a quien las cogió.

VIOLANTE: Como él en Madrid esté,
de mi ingenio espero yo
que fin dichoso me dé,
si mal principio me dió.

AGUADO: El que hoy habemos tenido,
no le promete muy malo,
pues al fin te ha recibido
el labrador, que señalo
por dueño tuyo.

VIOLANTE: Hemos sido
dichosos en eso. En fin,
soy villana de Vallecas.

AGUADO: Por el sayuelo y botín
el oro y la seda truecas
de la ropa y faldellín.
Lindamente le engañé.

VIOLANTE: No oí lo que le dijiste;
que de industria me aparté.

AGUADO: Discreta en todo anduviste.
Díjele que te saqué,

siendo un hombre principal
y mayorazgo de Ocaña,
de tu casa y natural,
porque tu hermosura extraña,
ennobleciendo el sayal
que de tu sangre heredaste,
me obligó a que te ofreciese
el sí de esposo, y que al traste
con obligaciones diese
que a mi nobleza usurpaste;
y mis padres y parientes,
contradiendo mi amor,
coléricos e impacientes
que la hija de un labrador
agravie a sus descendientes,
procuraban darte muerte;
y yo, como quien te adora,
te truje aquí de la suerte
que se vio; y pretendo agora
de su furor esconderte.
Que te reciba en su casa,
como que a servirle has ido,

mientras este rigor pasa;
y, siendo yo tu marido,
venzamos la suerte escasa.
Hele dado unos escudos,
y ofertas para después,
que, debajo de cien nudos,
la cárcel del interés
los tiene presos y mudos.
En fin, el buen Blas Serrano
dice que, con el secreto
que pide el caso, está llano
por mí a tenerte respeto;
mas porque el vulgo villano
no malicie esta quimera,
que le sirves fingirás,
tal vez siendo lavandera,
y tal, si a la corte vas,
trasformada en panadera.

VIOLANTE: Todo eso viene a medida
de lo que yo he menester.
¡En fin, mudando de vida,
en Madrid he de vender pan!

AGUADO: Si tu amor a él convida,
no se le darás a secas,
pues con tu vista a quien te ama
come gustos que en sí truecas.

VIOLANTE: ¡A fe que ha de dejar fama
la villana de Vallecas!

Pero tú, ¿dónde has de estar?
Que en Madrid es peligroso,
si en él te viniese a hallar
mi hermano.

AGUADO: El que es cuidadoso,
se sabe en Madrid guardar;
pero en Alcalá de Henares,
sin ese miedo estaré.

VIOLANTE: Con todo, es bien repares,
no pase por él.

AGUADO: Sí haré.

VIOLANTE: Y, cuando a verme llegares,
sea sin que nota des
a esta gente maliciosa.

AGUADO: Entre tanto que aquí estés,
cada semana es forzosa

tu vista tres veces.

VIOLANTE: ¿Tres?

AGUADO: Y aun es poco. Pero aguarda.

¿Qué gente es ésta?

VIOLANTE: No sé.

Cualquier sombra me acobarda.

¿Que es mi hermano?

AGUADO: No hay de qué temer; que el sayal te guarda.

Salen PEDRO y AGUDO

PEDRO: ¡Que no te dé mil estocadas, perro,

traidor! ¡Que no te quite yo la vida!

AGUDO: ¡Déme favor, hidalgo!

PEDRO: Será yerro que ninguno por ti perdón me pida.

AGUDO: Las maletas troqué, señor, por yerro;

era de noche, y mucha la bebida.

Madrugaras tú menos.

PEDRO: ¿Qué esto escucho?

¡Vive Dios!

AGUADO: Deteneos.

AGUDO: Pues, ¿fué mucho...?

PEDRO: Quitaos delante, bella labradora.

Caballero, dejadme que le corte

las piernas.

AGUDO: ¡Válgame nuestra Señora

de Atocha!

VIOLANTE: Vuestro enojo se reporte.

PEDRO: ¿Qué tengo yo de hacer, bárbaro,

agora?

¿Con qué despachos entraré en la corte?

¿Cómo creerá don Juan que estoy don Pedro?

AGUDO: ¡Bien por servirte desde niño

medro!

VIOLANTE: ¿No sabremos la culpa que ha

tenido

este pobre criado?

PEDRO: A Dios plugiera

que nunca yo le hubiera conocido,
o que al tomar la barra se muriera.
¿A quién tal desventura ha sucedido?
Cuando en Madrid mi serafín me espera
para darme de esposa el sí y la mano,
¿con qué testigos me creerá su hermano?
¿Cómo podré afirmar que de don Diego
de Mendoza soy hijo, y que ha pasado
mil leguas de agua el amoroso fuego,
que desde Arganda aquí lloro apagado?
Los despachos, las joyas, con el pliego
en que mi amor venía confiado
del virrey y mi padre, por ti pierdo;
pues no te doy la muerte, no soy cuerdo.
Torna tras ese hombre, traidor; anda.
Sube en mi macho; alcánzale, si puedes.
AGUDO: El mozo fué tras él; la furia
ablanda.
No hayas temor que sin maleta quedes.
A las dos se acostó el otro en Arganda,
y, entre cortinas que enmarañan redes,
dormideras de Yepes y lo asado,

le mandarán volverse al otro lado.
Ésta es la hora que, deshecho el truco,
vuelve en mi mula aquí, donde le dije
que le aguardabas. Lo que a oscuras peço,
perdona al sol, o nuevo mozo elige.
Si te ofendiera yo, el cerebro seco,
y el vino y sueño que a un monarca aflige
no humedecieran mis sentidos y ojos,
tuvieran causa justa tus enojos.

VIOLANTE: Si bastan a obligáros, caballe-
ros,
ruegos de una mujer y de un hidalgo,
y aquí por fuerza habéis de deteneros,
porque ocupéis aqueste tiempo en algo,
contadnos la ocasión de entristeceros.

PEDRO: ¿Cómo podré, cuando de seso
salgo?

Mas siempre, o perdidoso o ofendido,
uso ser con mujeres comedido.
Criollo soy de Méjico, que es nombre
que dan las Indias al que en ellas nace;
a su virrey serví de gentilhombre,

que a bien nacidos honra y satisface;
la hacienda heredo a un padre y el renombre
de quien España tanto caudal hace
por los linajes que en sus reinos goza,
y llámome don Pedro de Mendoza.

VIOLANTE: (¡Ay cielos! Éste ¿no es el ape-
llido Aparte
del ingrato que busco disfrazada?)

PEDRO: Mi padre, desde España persua-
dido

por un amigo que en la edad pasada
tuvo en Madrid y no borró el olvido,
siendo estafetas una y otra armada,
de una hija que tiene, determina
hacerMe esposo, en nombre Serafina.
Tres meses ha que en un navío de aviso
le escribió que en la flota venidera
me embarcaría, y, para aviarme quiso
que en barras treinta mil pesos trujera;
mas como el mar sepulta de improviso
toda una armada, si se enoja, entera,
no se atrevió a fiar tanto tesoro

de este Midas que traga plata y oro.
Así en correspondientes de Sevilla
y de la corte cédulas librando,
de Sanlúcar pisé la antigua orilla,
barras su barra célebre surcando.
No quisieron deseos de Castilla
detenerse en Sevilla registrando
de su contratación tantos haberes,
no hablar sus codiciosos mercaderes;
antes, por ver que entonces ocupados
andaban en registros y cobranzas,
para otro tiempo dilaté cuidados,
trayéndome conmigo las libranzas.
Con dos mulas en fin y tres criados,
cargado de papeles y esperanzas
llegué de Cuenca a la famosa sierra,
antigua patria de mi padre y tierra.
Tenía en ella un tío que hallé muerto,
y, sin hablar a deudos codiciosos,
guí a la corte, que es general puerto
del mundo, con bajíos peligrosos;
y anoche, cuando ya juzgué por cierto

el fin de mis viajes enfadosos,
como mi amor prosigue en su demanda
por ser de noche, me quedé en Arganda.
Aguardaba mi cena a un compañero
conversable; que a solas nunca trato
dar al cuerpo sustento; que es grosero
cualquier manjar sin el discreto trato.
A la conversación llamé salero
del alma un sabio; y como cualquier plato
sin sal jamás está bien sazonado,
la mesa así también sin convidado.
Mi deseo cumplió--que no debiera--
un forastero que tomó posada
en mi propio mesón. ¡Nunca a él viniera!
Recebile cortés, y, aderezada
la cena, convidéle a que subiera
a mi aposento, y porque mi jornada
a la corte sería de allí a un rato,
mandé al mozo que en él pusiese su hato.
Juntamos cenas, supe su camino,
tratamos varias cosas en la mesa,
y el fin apenas con el postre vino,

cuando, dándome amor y el tiempo priesa,
mandé ensillar; y el sueño o desatino
de éste, que de mi dicha y bien le pesa,
trocando las maletas y cojines,
a dichosos principios dió estos fines.

En conclusión, dejándose la mía
en la posada, la del forastero
me puso en el arzón. Descubrió el día
aqueste engaño, y no será el postrero.

¡Considerad vosotros lo que haría
quien, fuera de las joyas y dinero,
que deben de valer cinco mil pesos,
pierde cartas, libranzas y procesos!
De veinte mil ducados, y más, pasa
la cantidad que en cédulas me lleva;
mirad sin ella, cuando amor me abrasa,
cómo es posible que en Madrid me atreva
a pretender esposa, ni en su casa
ose entrar, si me faltan para prueba
de que don Pedro soy cartas de abono.
¡Que la vida, villano, te perdono!

VIOLANTE: Prométoos que es desgracia
nunca oída

Mas, supuesto que el mozo fué por ella,
antes que el otro empiece su partida,
el trueco deshará, y no habrá querella.

AGUDO: La oscuridad, y el ser tan pareci-
da

con la del otro, me obligó a ponella,
por darme prisa tú, sobre tu macho.

PEDRO: Mejor dijeras por estar borracho.

Sale MATEO, mozo de mulas, con un cojín

MATEO: ¡Válgate el diablo por hombre!
Por arte de encantamento
debió de llevarle el viento
sin dejar rastro ni nombre.

PEDRO: ¿Qué hay, Mateo?

MATEO: Par Dios, nada.

PEDRO: ¿No parece?

MATEO: No, señor.

PEDRO: ¿Qué dices de esto, traidor?

MATEO Cuando llegué a la posada,
ya él estaba en cas de Judas.

Ni aun memoria de él no hallo.

Al instante que a caballo
te pusiste, apenas mudas
el paso, cuando picó,
y, sin saberse por donde.

O es demonio que se esconde,
o la tierra le sorbió.

PEDRO: A Valencia dijo que iba.

Pues debióte de mentir;
que un pastor le vió salir,
y, en vez de echar hacia arriba,
tomando a la mano izquierda,
dijo que fué hacia Alcalá.

Seguíle; mas nadie da
señas de él.

PEDRO: ¡Que por ti pierda
mi hacienda, infame, y mi ser!

MATEO: Como ninguno me daba
serías de cuantos topaba,

tuve por mejor volver
acá, que, siendo virote
perderme también.

PEDRO: ¡Yo he sido
.....[-ido]

harto dichoso!

MATEO: Engañóte.

VIOLANTE: (Su pérdida cada cual

Aparte

siente, vengativo amor;

yo lloro la de mi honor,
y éste la de su caudal.)

MATEO: Mira qué habremos de hacer
de este cojín y maleta.

PEDRO: ¡Abrasarlos!

MATEO: No es discreta

sentencia, a mi parecer,

la que das.

PEDRO: ¿Qué he de hacer, pues?

MATEO: Mejor será que la abremos,

y, por lo que trae, sepamos

dónde camina o quién es

este demonio escondido;
que quizá en ella vendrán
prendas que pregón serán
echado tras el perdido.
El candado tengo roto.

Ábrele

¿Sacaré?

PEDRO: Haz lo que quisieres.

MATEO: Papeles hay. Si lo vieres,
por ellos, como piloto,
haremos nuestro camino.

Va sacando

Un retrato, ¡vive el cielo!,
he topado.

PEDRO: Buen consuelo!

MATEO: Y a fe que el rostro es divino

de la dama!

PEDRO: Arrojale

con la maldición.

VIOLANTE: ¿Al suelo

echa la imagen?

Alza doña VIOLANTE el retrato, y conócele. Hablan AGUADA y doña VIOLANTE aparte

¡Ay cielo!

¿Qué he visto?

AGUADO: Paso.

VIOLANTE: ¡Ay, Aguado! mi retrato.

AGUADO: ¡Válgame Dios! Ya concluyo

que es don Pedro el dueño suyo;

pero impórtate el recato.

Disimula, que ya creo

que en Madrid tu esposo está.

Doña VIOLANTE habla disimulando

VIOLANTE: La Magdalena será;
que así en la iglesia la veo
con su copete y gorguera;
el bote sólo le marra

AGUADO: ¿Pues bésasla?

VIOLANTE: Está bizarra.
Pondréla a mi cabecera.

MATEO: Un legajo de papeles
es éste.

PEDRO: Desatalós.

AGUDO Versos son éstos, por Dios.

PEDRO: ¿Hay sucesos más crüeles?
¡Para quien mi rabia ve,
es bien que versos me cante!

Lee

AGUDO: "Soneto a Doña Violante,
la noche que la gocé."

AGUADO: No se descuidó el poeta.

VIOLANTE: Si la pobre está gozada,
no es Violante, mas violada.

Echadme acá esa soneta,
pondréla por rocadero,
y enseñarémola a hilar;
mas no, que, siendo cantar,
mejor es para el pandero.

Leyendo otro papel

AGUDO: "Memoria de cien ducados
que he de pagar en Madrid
a Andrés de Valladolid,
por otros tantos prestados
aquí en Amberes."

MATEO: ¡Por Dios
que son buenas hipotecas
de las maletas que truecas!

PEDRO: Como haya otras tres, o dos
de estas ditas ¡bien desquito

veinte mil y más ducados!

MATEO: Éstos son pliegos cerrados.

PEDRO: Mira pues el sobrecrito.

AGUDO: Éste dice, "Al presidente de Italia;" y éste, "Al Marqués de San German;" éste es "A Mosén Romen, regente del consejo de Aragón."

PEDRO: A Madrid va, según esto, el que en tal trance me ha puesto.

MATEO ¿Quién duda?

PEDRO: ¿Por qué ocasión me dijo que iba a Valencia?

AGUDO: Quizá por entrar secreto; que hay mil lances, en efeto, en que importa la prudencia.

PEDRO: Él, según lo que parece, viene a España desde Flandes, y trae pretensiones grandes; o, como a otros acaece, algo allá le ha sucedido; tuvo al peligro temor,

buscó cartas de favor,
y a la corte viene huido.

AGUDO: La Violante del soneto
debe de ser la ocasión
de que huya.

PEDRO: Tenéis razón;
por eso vendrá secreto.

No he perdido la esperanza,
supuesto que a Madrid va,
de encontrar con él allá.

VIOLANTE: (Ni mi amor de su venganza.)
Aparte

PEDRO: Abre alguna de esas cartas,
supuesto que traen cubierta,
tendremos noticia cierta
de su nombre, pues hay hartas.

AGUDO: Dios te la depare buena.
Abre un pliego, y léele.
Ésta del Regente abrí.

PEDRO: ¿Cómo dice?

AGUDO: Dice así...

MATEO: ¡Válgate el diablo por cena!

Lee

AGUDO: "El capitán Don Gabriel de Herrera,
en diez años que ha que sirve a su Majestad en Flandes, ha sido mi camarada y amigo; sus hazañas y servicios son muchos, como mostrarán los papeles que lleva. Sucedióle, sobre palabras que en el cuerpo de guardia tuvo con un capitán tudesco, darle de estocadas; por ser el delito en tal lugar y con tal persona, le es forzoso huir al amparo de V.S., en quien, así para aumento de sus pretensiones, como el perdón de Majestad, tengo esperanzas hallará por mi respeto todo amparo. --Guarde Dios a V.S. con la prosperidad que los interesados hemos menester.

--Amberes marzo 25, 1620.

Su sobrino de V.S., el maese de campo,
Don Martín Romen."

¡Miren si lo dije yo!

PEDRO: Él mostraba en su persona
el valor con que le abona
la carta, aunque me mintió
en el viaje que hacía.

AGUDO: Su peligro considera.

PEDRO: En fin, don Gabriel de Herrera
se llama.

VIOLANTE: (Desdicha mía,
Aparte

¿qué escucháis? El que destroza
ingrato mi honor y fama,
aquí don Gabriel se llama,
y don Pedro de Mendoza
allá. Si los nombres truecas,
traidor, vengará constante
quejas de doña Violante
la villana de Vallecas.)

PEDRO: ¿Qué tiene más la maleta?

MATEO: Ropa blanca es la que hay,
toda de holanda y cambray,
con puntas y cadeneta;
ligas y media de seda
hay de colores diversos,
guantes, y prosas y versos;
de papeles, sólo queda
un librito de memoria
aquí dentro.

PEDRO: Sacalé;
que mejor por él sabré
sucesos de aquesta historia;
y, sin detenernos más,
a caballo nos pongamos;
que, si en Madrid le buscamos,
no se esconderá.

AGUDO: Podrás,
para encontralle más presto,
ir a casa del Regente,
del Marqués y el Presidente.

PEDRO: Pon bien eso.

MATEO: Ya lo he puesto.
PEDRO: Ya voy consolado en algo.
AGUADO: También lo vamos los dos.
PEDRO: Labradora hermosa, adiós.
Daca el macho. --Adiós, hidalgo.

Vanse los tres

VIOLANTE: ¿Qué juzgas de aquesto,
Aguado?
¿Qué te parece?
AGUADO: No sé,
señora, si afirmaré
que es de veras o soñado;
sólo digo que has tenido
en algún modo ventura,
pues lo visto te asegura
quién es el que te ha ofendido,
y que está en la corte.
VIOLANTE: ¡Ay cielos!
¿Don Gabriel de Herrera es

el que ha postrado a sus pies
mi honor? ¿El que a mis desvelos
da tanta causa? ¿El que en Flandes,
dando muerte a un capitán,
mató mi honor?

AGUADO: Cerca están
de Madrid las torres grandes
y casas, pues que no dista
más de una legua de aquí.

Yendo disfrazada así,
gozarás presto su vista,
mientras que Madrid te goza
en traje de panadera.

VIOLANTE: ¿Que en fin don Gabriel de
Herrera
es don Pedro de Mendoza?

AGUADO: Mudan desgracias los nom-
bres;
cuando sus peligros dudan.

VIOLANTE: Mejor dirás que se mudan
las palabras de los hombres.

AGUADO: Acá sale nuestro viejo,

o, por mejor decir, tu amo.

¿En fin, tu esposo me llamo?

VIOLANTE: Sí.

AGUADO: ¿Y el nombre?

VIOLANTE: Don Alejo.

Sale BLAS Serrano, labrador viejo

BLAS: Pues, Teresa, ¿no es ya hora de her algo en casa? ¿Hasta cuándo los dos heis de estar parlando?

La malicia labradora,
si muchas veces os ve
que con él os arrulláis,
levantarnos que rabiáis.

AGUADO: Presto, Blas, me partiré.
Si es que bien habéis querido,
no espanten dilaciones.

BLAS: Ya yo sé lo que en razones
gasta el Amor que es cumplido.
También me dió su picón

Amor en la edad pasada,
y, muerto por su ensalada,
me cupo mi sopetón.

No me espanta nada de eso,
que por todo el hombre pasa;
pero tengo un hijo en casa
que a Madrid hué a vender yeso,
y, desde que vió a Teresa,
con ser desde anoche acá,
emberrinchándose va,
y que os halle aquí me pesa;
que anda el diablo revestido
en él.

AGUADO: ¿Luego no está aquí
segura mi esposa?

BLAS: Sí.

VIOLANTE: Yo me guardaré, marido.

BLAS: Pues ella, señor, se guarda,
nadie la podrá ofender;
que no es buena la mujer
que sufre por fuerza albarda.
Ríome yo de que digan

que ha habido mujer forzada
desde Elena, la robada.

AGUADO: A mil las leyes castigan
cada día.

BLAS: Es papasal.

Créalo quien lo creyere.

Par Dios, que, si uno no quiere,
que dos que barajan mal.

La reina doña Isabel
dejó este ejempro probado
con la del puño cerrado,
y yo, señor, me atengo a él.

AGUADO: (No ha estado el discurso malo.) Aparte

BLAS: Digo, pues, que importa poco
que Antón por vos esté loco;
pues, con darle con un palo,
si vos no queréis, Teresa,
poco daño os hará en casa;
que el panadero no amasa,
cuando no quiere el artesa.

AGUADO: Ahora bien, Blas, yo me parto;

mi Teresa os encomiendo.
Dinero os iré trayendo
cada día.

BLAS: Acá deja harto;
pero no se le dé nada;
que sarnosos y avarientos
nunca diz que están contentos.

AGUADO: Adiós pues, esposa amada;
Blas Serrano, adiós.

BLAS: Adiós.

Vase AGUADO

BLAS: ¿Qué habemos de hacer agora?

VIOLANTE: Si hay pan cocido, a buen hora
iré a Madrid.

BLAS: ¿Sabéis vos
venderlo?

VIOLANTE: ¿Pues soy yo zurda?

BLAS: Los cortesanos, si os ven,
temo que fyanca os den.

VIOLANTE: No haya miedo que me aturda.
Con un palo y con un arre,
y un jo que te estriego, suelo
dar con un hombre en el suelo.

BLAS: ¡El dimuño que os agarre!
El pan de Vallecas es
por branco y bien sazonado,
en Madrid más estimado.

VIOLANTE: Si es que vais al interés,
decidme cómo es la tasa,
y dejadme el cargo a mí.

BLAS: A veintidós vale.

VIOLANTE: ¡Ah, sí!

Y si de eso el precio pasa,
y os traigo a real, ¿qué diréis?

BLAS: Que Teresa es mi ventura;
pero si pan y hermosura,
Teresa, en Madrid vendéis,
como no es el pan a secas,
no hay precio, ni aun para porte.

VIOLANTE: Yo haré que admire a la corte
la villana de Vallecas.

FIN DEL PRIMER ACTO

Salen Don GABRIEL y CORNEJO

GABRIEL: No creí jamás, Cornejo,
que tan venturoso fuera.

CORNEJO: ¡Oh maleta hermosa, esfera
de mi remedio!

GABRIEL: Ya dejo
pretensiones de soldado,
pues en diez años que he sido
en Flandes, ya entretenido,
ya alférez determinado,
ya señor de una jineta,
no adquiriré lo que en un hora
la Fortuna enredadora
me ha dado en una maleta.

CORNEJO: ¡Lindo truco!

GABRIEL: ¡Hermosas barras!

CORNEJO: No me harto de darles besos.

GABRIEL: Tres hay de oro de a mil pesos,
y, entre otras joyas bizarras,
una banda de diamantes,
y de perlas siete vueltas,
con otras muchas que, sueltas,
entre esmeraldas brillantes,
guarda un cofre de carey.

CORNEJO: Así a la tortuga llaman
las Indias que oro derraman.

GABRIEL: Hay un cintillo, que el rey
no sé si mejor le tiene,
fuera de los cabestrillos,
las arracadas y anillos,
donde tanta piedra viene,
que podremos empedrar
toda esta calle con ellas.

CORNEJO: Pisará Madrid estrellas.

GABRIEL: Hay una piedra bezar,
entre otras tres, guarnecida
de oro, mayor que un güevo.

CORNEJO: Con tales yemas, me atrevo

a no comer en vida
sino hñevos, sin la bula.

GABRIEL: Dejo otros melindres mil
de nácar, carey, marfil,
con que el interés adula
la codicia de las damas.
En fin, la maleta está
hecha una colmena.

CORNEJO: Y da
panales del oro que amas.
Mas ya que lo cuentas todo,
¿Por qué olvidas las libranzas?

GABRIEL: Porque estriban en cobranzas,
y es peligroso su modo;
que ni en Sevilla ni aquí
descubrir me atreveré
a quien vienen.

CORNEJO: ¡Bueno, a fe!
¿No abriste las cartas?

GABRIEL: Sí;
que, viniendo con cubierta,
cuando de ellas me aproveche,

como otras nuevas les eche,
no habrá quien en ello advierta.

CORNEJO: Y su dueño descuidado,
¿no es don Pedro de Mendoza?

GABRIEL: De ese ilustre nombre goza,
según ellas me han mostrado.

CORNEJO: ¿Tú y todo no te confirmas
con el mismo nombre?

GABRIEL: En él
trueco el de don Gabriel.

CORNEJO: Pues si te abonan sus firmas,
y esotro no es conocido,
ni de Méjico salió
otra vez, donde nació,
conforme lo que has leído,
¿no puedo yo en nombre suyo
partir y cobrallo todo
con las cédulas?

GABRIEL: No es modo,
Cornejo, discreto el tuyo.
¿Tan descuidado ha de ser
el otro, ya que ha perdido

lo que consigo ha traído,
que al instante no ha de hacer
en Sevilla diligencias,
y aquí, para que le entreguen
la plata, por más que aleguen
cartas, ni correspondencias?
¿No ha de tener en Sevilla
quien le conozca de allá?

CORNEJO: En Sevilla sí tendrá;
pero dúdolo en Castilla.
Y, supuesto que consigo
ha de tener tus papeles,
sin que en eso te desveles,
sirviendo yo de testigo,
puedes hacerle prender
por la muerte que en Amberes
diste al tudesco; y, si quieres
el serafín suyo ver,
con quien a casarse vino,
y te pareciere tal,
no viene el enredo mal.
O si no, ponte en camino,

y vámonos a Granada,
patria nuestra--que es mejor--
pues con tanto oro, señor,
no tendrás que envidiar nada
a don Antonio de Herrera,
tu hermano, puesto que goza
tal mayorazgo y tal moza.

GABRIEL: Bien allá pasar pudiera;
que, en fin, con mis alimentos,
y con cinco mil ducados
que llevo aquí, mis cuidados
dieran fin a pensamientos;
pero a doña Serafina
he visto, Cornejo, ya
y en ella cifrada está
la hermosura peregrina
del mundo.

CORNEJO: Pues, ¿qué tenemos?

GABRIEL: No sé. ¡Bravo tentador
es el oro, del Amor!

CORNEJO: Haz algo con que lloremos.

GABRIEL: Estas barras y diamantes,

joyas, libranzas, papeles,
a pensamientos crüeles
me inclinan,

CORNEJO: No son Violantes
todos, señor, ni es Valencia
la taimería de Madrid.

Tiemplan allá a lo del Cid;
o pero acá lee la experiencia
cátedra de socarrones,

y nacen en la niñez
jugando en el ajedrez
de enredos y de invenciones
las damas de más estima.

Como has estado en Amberes,
no sabes que las mujeres
tienen su juego de esgrima
en la corte, en cuyo estilo
la que menos sabe, alcanza
diez tretas más que Carranza.

Hieren por el mismo filo,
juegan con espadas negras;
y, a dos idas y venidas,

si señalan las heridas
y con el juego te alegras,
aunque seas un peñasco,
la tía, de armas maestra,
ha de cobrar, como diestra,
primero que toques casco.
Y, apenas dos tretas juega,
cuando, entrando en su socorro
--como hay tántas en el corro
al instante que otro llega--
sale el amante al encuentro,
que se arrima a la pared
y dice, "Vuesa merced
asiente, y entre otro dentro."

GABRIEL: Que no debe de ser tanto
como se dice.

CORNEJO: ¿No es juego
de esgrima una calle? y luego
¿no es espada negra un manto
que se remata en medio ojo?
¿zapatilla de esta espada
la maestra examinada?

¿Armella de este cerrojo
no es la tía, que, al instante
que ve que la mano llegas,
y la primer treta juegas,
en medio mete el montante
con un "vaya en hora mala?"

¿No pagas monjil y tocas,
y, apenas el casco tocas,
cuando en entrando en la sala
don Filotimio o don Porro,
asientas, y ella te arrima?

No hay dama en Madrid, ni esgrima,
que esté sin gente en el corro.

GABRIEL: Eso será con mujeres
comunes; que Serafina
es principal.

CORNEJO: ¡Peregrina
solución! De cuantas vieres
tendrás aquesta noticia.

En la corte viven todos
de industria, y hasta los codos
cubren aquí su malicia.

Písalos, si contradices
esta común opinión,
y te dirá lo que son
la ofensa de tus narices.

GABRIEL: Aquí vive nuestra dama.

¡Por Dios, que tengo de vella!

CORNEJO: ¿Más que ha de tener por ella
mal urdiembre aquesta trama?

Porque el otro, claro está
que ha de venir a buscarla;
y, si en su casa nos halla,
seguramente podrá
deshacer nuestra ventura
y el truco de las maletas.

GABRIEL: ¿No dices que toda es tretas
Madrid? Pues calla y procura
seguirme; que no me espanto
de estratagemas de amor.

CORNEJO: Con las de Flandes mejor
te avinieras. Dama y manto
he visto, y coche a la puerta,
y un galán que la acompaña.

GABRIEL: Aquí empieza mi maraña.
Ésta es mi dama.

CORNEJO: Y no es tuerta.

Salen Doña SERAFINA, con manto; Don JUAN, su hermano; Don GÓMEZ, su padre; y POLO-NIA:, criada

GÓMEZ: No debe de venir en esa flota don Pedro de Mendoza, pues no escribe, cuando en Sevilla tantos alborota.

JUAN: Podrá ser que, si postas apercibe, venga a ser carta viva, y ganar quiera albricias de que ya en España vive.

SERAFINA: ¡Ay, hermano! ¡Qué alegre se las diera quien en deseos con su amor dilata penas de un alma que su vista espera!

GÓMEZ: Primero que en registros de la plata

negocie con papeles y averías
con la Contratación que en eso trata,
es fuerza consumir algunos días
obligando ministros y oficiales,
confusos entre tantas mercancías.

JUAN: Andan con pies de plomo aque-
sos tales,

.....[-ento],
que reales tiran sus oficios reales.

SERAFINA: ¡Que hubo de darme el cielo
casamiento

¡Que es, por agua pasado, tan aguado,
cuando amoroso fuego es su elemento!

GÓMEZ: Dios te traiga con bien; que, si
ha llegado

darás por bien empleada su tardanza.
¿Adónde vas ahora?

SERAFINA: Voy al Prado,
por buscar en sus flores mi esperanza,
y saber de sus fuentes si ha venido;
que, por salir del mar de su mudanza,
me dirán si en Sanlúcar ha surgido.

Hola, acerca ese coche.

GABRIEL y CORNEJO hablan aparte

GABRIEL: A hablarla llego.

CORNEJO: Entra con pie derecho.

GABRIEL: Voy perdido.

Llégase a ellos

Que me digáis adónde vive os ruego,
caballeros, don Gómez de Peralta.

GÓMEZ: Yo soy el que buscáis.

GABRIEL: Acertó el pliego.

El corazón, que de contento salta,
adivinaba el bien que en veros goza.

Ya Méjico en Madrid no me hace falta.

Abrazad a don Pedro de Mendoza.

GÓMEZ: ¡Válgame Dios! ¡Qué encuentro
tan dichoso!

Volved a la cochera la carroza.

Querido hijo, triste y cuidadoso,
por no saber de vos, me habéis tenido.

Serafina, ¿no abrazas a tu esposo?

SERAFINA: Seáis, señor, mil veces bien
venido;

que otras tantas os hemos deseado.

JUAN: Parte de esos deseos me han cabi-
do.

Si no es indigno el nombre de cuñado
de vuestros brazos, dádmelos agora.

GABRIEL: ¿Sois vos don Juan?

JUAN: Seré vuestro criado

GABRIEL: No ha mentido la fama volado-
ra,

que en Indias vuestro talle encareciendo
sus damas mejicanas enamora.

JUAN: No seáis indiano en eso; que no
entiendo

que para que yo os sirva es necesaria
la merced que me estáis, don Pedro, haciendo.

GÓMEZ: ¿Buena navegación?

GABRIEL: Algo contraria,
ya con calmas pesadas, ya con brisas,
ya con una tormenta extraordinaria.

GÓMEZ: ¿No escribiérades luego?

JUAN: Son precisas
las diligencias del que toma tierra.

GABRIEL: Prometí una novena con cien
misas

a la Virgen de Regla, que en la sierra
de Sanlúcar ha sido nuestro norte,
y apaciguó del mar la mortal guerra;
partí luego del Betis a esta corte,
y, por no dividir el gusto en plazos,
la carta quise ser, cobrando el porte
por junto en parabienes y en abrazos.

GÓMEZ: ¿Cuándo llegastes?

GABRIEL: Cuando anocheecía.

GÓMEZ: ¿Salistes de Toledo?

CORNEJO: Hechos pedazos,
ayer salimos a las diez del día.

GÓMEZ: Traigan a casa el hato.

GABRIEL: Una maleta

viene ahora no más con ropa mía.

CORNEJO: Y más cartas que lleva la estafeta.

GABRIEL: Los baúles vendrán con el arriero.

GÓMEZ: ¿Cómo queda don Diego?

GABRIEL: Aunque le aprieta algo la gota, y en la edad de acero según vive de sano y colorado, más luce en él el mayo que el enero.

GÓMEZ: A divertirse Serafina al Prado salía, de esperaros impaciente; pero, pues a tal tiempo habéis llegado, volvámonos a entrar.

GABRIEL: No es bien que intente impedir vuestro gusto. A acompañaros iré.

SERAFINA: ¡Y fuera muy bueno que, si ausente salía melancólica a buscaros

en mi imaginación, cuando os poseo,
deje por gustos tibios de gozaros!

Entrad, señor.

GABRIEL: Que sois serafín creo,
como en belleza, en discreción.

CORNEJO: (¿Qué encanto
Aparte
de Belianís es éste en que me veo?)'

Yéndose

SERAFINA: Hola! ¿No hay quien me quite
aqueste manto?

CORNEJO: ¡Hola! ¿No hay quien la quite
aquel manteo?

Vanse, y quedan DON JUAN, y POLONIA

JUAN: Polonia, quédate aquí.

POLONIA: ¿Hay en qué pueda servirte?

JUAN: Mucho tengo que decirte
y en que fiarme de ti.

POLONIA: Agradecida te espera
la lealtad que echas de ver.

JUAN: ¿Reparaste acaso ayer
en aquella panadera
que proveyó nuestra casa?

POLONIA: Y en la blancura del pan,
que de leche nos le dan
las manos con que le amasa.

Comprélo para la gente;
que, en la mesa principal,
de atahoma y candeal
se gasta ordinariamente;
pero, viendo en él las flores
que su dueño le prestaba,
me pareció, si no honraba
la mesa de los señores
con su blancura, que hacía
un delito criminal;
y en fin, su sazón fué tal,
que hasta el viejo se comía

las manos tras ello, y tú
los manjares olvidabas,
y en él te saboreabas
como si fuera alajú.

JUAN: ¿Que hasta en eso reparaste?

POLONIA: ¿No había de reparar,
si advertí que en el lugar
ni una migaja dejaste,
sea apetito o aseo?

Si así el avariento fuera,
nunca Lázaro tuviera
de sus migajas deseo;
que todas te las comiste.

JUAN: Aunque el cuerpo sustentaban,
al alma se trasladaban.

Mas, supuesto que la viste,
di, ¿hay sayal más venturoso?

Pues de tan bello cristal
es funda aquel sayal.

¿Puede el tabí más precioso
compararse con su frisa?

POLONIA: ¡Bueno estás!

JUAN: Ni la mañana,
cuando entre labios de grana
el sol la provoca a risa,
¿admite comparación
con aquellos dos corales,
que de perlas orientales
guarda-joyas ricos son?
¿Espira aliento el azar
que al suyo haga competencia?
¿Alcanzó jamás la ciencia
del pincel más singular
la mezcla de aquel carmín,
que con la nieve se enlaza,
y en las mejillas abraza
el clavel con el jazmín?
¿Es tan hermosa en el cielo
la cuna donde el sol nace,
como la que el Amor hace
para sí en aquel hoyuelo
que la nariz de los labios
divide, y por quien trocara
su sepulcro el ave rara

muerta entre olores arabios?
¿Divide las dos Castillas
Guadarrama majestuosa,
como la nariz hermosa,
poniendo en paz las mejillas?
Ni ¿hay soles que comparar
a las niñas de los ojos,
que salen quitando enojos,
vestidas de verdemar,
y, porque de sus marañas
libre amor los corazones,
son, si sus ojos balcones,
celosías sus pestañas?
¿Pudieron arcos triunfales
dar soberbia a la ventura,
como en esta arquitectura
vista a los arcos torales,
donde el artífice astuto
cifró en obras sus deseos,
por los que vencen, trofeos,
por los que matan, de luto?
¿Pieza de bruñida plata,

gozóla jamás señor
como su frente el Amor,
donde por justicia mata
libertades en que reine?
¿Ni vió la naturaleza,
si no es sólo en su cabeza,
que ya el ébano se peine?
¿Hay cristal, hay nieve en pellas,
leche o manteca azahar
que se pueda comparar
con aquellas manos bellas,
a un tiempo blandas y secas,
en mí de fuego y de hielo?
Pues todo esto debe al cielo
la villana de Vallecas.

POLONIA: ¡Ay, pobre de vos, don Juan!
Mucho el zapato os aprieta,
cogido os ha la carreta,
zarazas os dió en el pan.
¿Así a las primeras chispas
os quema el amor trampero?
Pero es hijo de un herrero.

Es abeja, y pare avispas.

¿Habéisle hablado?

JUAN: Es un risco.

POLONIA: Todas las villanas son
gatos en camaranchón,
que éste debe ser arisco.

JUAN: No tanto que, al despedirse,
con una risa hechicera,
Polonia, la panadera,
no mostró sentir partirse;
y, con un sabroso adiós,
me dijo, "Acá volveremos
mañana, porque tenemos
mucho que hablar los dos."

POLONIA: ¿Eso dijo la villana?

JUAN: Amor este plazo acorte.

POLONIA: Con el trato de la corte,
se habrá vuelto cortesana.

Pues bien, ¿qué quieres de mí?

JUAN: Que, cuando con el pan venga,
tu discreción la detenga
hasta que yo salga aquí;

que me tiene rematado.

POLONIA: Que en medio de Madrid pueda
vencer al sayal la seda!

JUAN: No es sayal, sino brocado.
Pero, ¿no es ésta?

POLONIA: Don Juan,
bien la palabra te guarda.

JUAN: ¡Ay cielos, ella es!

VIOLANTE: Jo, parda. Dentro
Jo, digo. Bajen por pan,
si han de bajar.

JUAN: Dejamé
solo, y no digas arriba
nada de esto.

POLONIA: ¿Yo? Así viva,
que un nudo a la lengua dé.
Pero ¿quién de ti creerá
que en villanos gustos pecas?

VIOLANTE: Vengan por pan de Vallecas.
Dentro

JUAN: Vete y calla.

POLONIA: Adiós.

VIOLANTE:

Jo, ya.

Vase POLONIA. Sale Doña VIOLANTE, de villana, con un pan y un palo

JUAN: Vos seáis tan bien venida
como por mayo la lluvia,
como por enero el sol,
como en creciente la luna
que, alegrando el caminante,
preside en la noche oscura,
y, enseñándole la senda,
sus peligros asegura.

VIOLANTE: ¿Acá estaba su merced?
¡Han vido lo que madruga!

JUAN: El cuerpo sí, porque el alma,
desde que ayer os vio, os busca.

VIOLANTE: ¿Luego el alma tien buscona?

JUAN: Y si halla lo que procura,
buen hallazgo me prometo.

VIOLANTE: ¿Qué ha perdido?

JUAN: Joyas muchas.

La libertad, que se fué

de casa, y, como criatura,
no acierta volver a ella,
por más que llore y pregunta.

VIOLANTE: Pues cósala a las espaldas
un letrero o escritura,
o dé un real al pregonero;
que él la hallará, aunque sea aguja;

o haga ponelle una corma
después, porque no se le huya;
que, si da en buscar novillos,
sin ser música, hará fugas.

JUAN: Vino ayer una gitana
que las libertades hurta,
y temo que se la lleva.

VIOLANTE: Gitanas son malas cucas.

JUAN: ¿Y si vos fuédes ésta?

VIOLANTE: ¡Mas arre! Habrar con mesura;
que entiendo poco de rayas,
y no me precio de bruja.

JUAN: A lo menos hechicera
debe ser vuestra hermosura,

y vos gitana de amor,
que me dice la ventura.

VIOLANTE: Bellaca se la prometo,
si es que a mí me la pescuda;
porque mal la dirá buena
quien se queja de la suya.

JUAN: Donaire tenéis.

VIOLANTE: Sin don;
que en Vallecas más se usa
el aire a limpiar las parvas,
que el don que mes las ensucia.

¿Tienen de bajar por pan?

JUAN: ¿Es blanco?

VIOLANTE: Como el azúcar.

JUAN: ¿Sabroso?

VIOLANTE: Como unas nueces.

JUAN: ¿Reciente?

VIOLANTE: Que abrasa y suda.

JUAN: Todo lo que vos traéis,
quema.

VIOLANTE: Seré calentura.

JUAN: ¿Habéisle vos amasado?

VIOLANTE: Pues.
JUAN: ¿Vos misma?
VIOLANTE: ¡No, si el cura!
JUAN: Partilde, veré si es blanco.
VIOLANTE: ¿Es antojo?
JUAN: ¿Quién lo duda?
VIOLANTE: ¿Preñado está?
JUAN: De deseos.
VIOLANTE: Pues no mueve la criatura.

Pártele un pedazo de pan

Tome.
JUAN: Habéisle de partir
con los dientes.
VIOLANTE: De mi burra.
¿Y querrá que se le masque?
JUAN: También.
VIOLANTE: Arre, que echa pullas.
JUAN: Pan de vuestra hermosa boca,
dado contra mordeduras

de celos, perros rabiosos,
es pan que el amor saluda.

VIOLANTE: ¿Luego rabia su mercé?

JUAN: Casi, casi.

VIOLANTE: Doyle a Judas.

Apártese, no mos muerda
y pegue el mal a mi rucia.

JUAN: Mientras vos estáis presente,
no osa el mal hacerme injuria,
que sois mi saludadora.

VIOLANTE: ¿De esa orina me gradúa?

JUAN: A soplos podéis sanarme;
¡mirad qué barata cura!

VIOLANTE: Tráigame pues unos fuelles;
daréle hartas sopladuras.

JUAN: Refrescadme el corazón,
que en fuego de amor se apura.

Llegad, sopladme en la boca.

VIOLANTE: Póngala, si soplos busca,
aquí, que está el sopladero

Señala la cola de la burra

de mi parda, con mesura.

JUAN: Acabad; no seáis cruel;
soplad.

VIOLANTE: Arre, que echa pullas.

JUAN: Bien sabéis vos que os adoro.

VIOLANTE: Mejor sé yo que se burla;
que no busca en charcos ranas
quien tien en la corte truchas.

JUAN: Engañada estáis en eso;
que, el que regalos procura,
al campo a buscarlos sale;
el conejo en la espesura,
la liebre corre en llanos,
y por la arena menuda
las perdices y palomas;
junto de las fuentes puras
arma a los pájaros redes,
y, alguaciles de sus plumas,
las prende con varas altas
de varetas, porque no huyan;

de suerte, que no hay regalo
que a la mesa de la gula
sirva platos de deleite,
que el campo no lo produzga.

En el campo vivís vos;
cazadora es mi ventura,
caseras aves la enfadan,
perdices del campo busca.

VIOLANTE: Pardiez, que en eso acertáis;
que las aves o avechuchas
de Madrid son papagayos,
pluma hermosa y carne dura.

¡Quién se las ve pavonadas
arrastrando catalufas,
con más joyas que unas andas,
y una iglesia colgaduras!

Si a pie, sobre nieve corchos
afrenta de la pintura,
dando a la plata de coces,
que por los lodos ensucian;
si a caballo, en cuatro ruedas,
y la Fortuna sobre una;

porque, en fin, son más mudables
tres veces que la Fortuna.

Pues desplomadas, veréis
cuán poco aprovechó el cura
cuando les puso en la iglesia
la sal, porque no se pudran.

Puesto que los que las comen,
nos suelen dar por excusa
que, perdices y mujeres,
aunque oliscan, no disgustan.

JUAN: ¿Hay gracia más sazonada?
Dame esa mano.

VIOLANTE: ¡O hi de pucha!
¿Y qué queréis her con ella?

JUAN: La nieve de su blancura
podrá mitigar mi fuego.

VIOLANTE: ¿Es mi mano la de Judas,
con que matan las candelas,
dejando la iglesia a oscuras?

JUAN: Dámela, no seas crüel.

VIOLANTE: Hágase allá; no se aburra
por ella; que tiene dueño.

JUAN: ¡Ea!

VIOLANTE: A fe que le sacuda.

¿No le he dicho que hay quien pida
cuenta de ella?

JUAN: ¿Cuenta?

VIOLANTE: Y mucha,

JUAN: ¿Luego quieres bien?

VIOLANTE: Un poco.

JUAN: ¿Amor tienes?

VIOLANTE: Una punta.

JUAN: ¿Eres casada?

VIOLANTE: En eso ando.

JUAN: ¿Serás, pues. doncella?

VIOLANTE: En muda.

JUAN: ¿Estás concertada?

VIOLANTE: Estaba.

JUAN: ¿Y agora?

VIOLANTE: Se ofrecen dudas.

JUAN: ¿Qué esperas?

VIOLANTE: Que mos arrojen.

JUAN: ¿De dónde?

VIOLANTE: De la trebuna.

JUAN: ¿Para desposaros?
VIOLANTE: Pues.
JUAN: ¿Quién lo estorba?
VIOLANTE: Mi fortuna.
JUAN: ¿Tienes celos?
VIOLANTE: Por arrobas.
JUAN: ¿Con justas causas?
VIOLANTE: Con justas.
JUAN: Yo te vengaré.
VIOLANTE: ¿Y podrá?
JUAN: ¿Pues no?
VIOLANTE: Es persona robusta.
JUAN: ¿No es villano?
VIOLANTE: Eslo en el trato.
JUAN: Pues muera.
VIOLANTE: ¿Quién lo rempuja?
JUAN: Tu agravio.
VIOLANTE: Él se enmendará.
JUAN: Los míos.
VIOLANTE: ¿En qué le enjuria?
JUAN: En amarte.
VIOLANTE: ¡A Dios pluguiera!

JUAN: ¿Es mudable?

VIOLANTE: Cual la luna.

JUAN: Aborrecerle.

VIOLANTE: ¿Por quién?

JUAN: Por mí.

VIOLANTE: Arre, que echa pullas.

JUAN: Labradora de mis penas,

que, contándome las tuyas,

entre lágrimas y celos

mi esperanza traes confusa,

si te casas y me dejas,

tu vida y mi sepultura

celebrará amor a un tiempo.

VIOLANTE: Habrá requies y aleluyas.

¿Parécele a su merced

que las labradoras usan

quillotros de amor, infame

si no es con voluntad lumpia?

JUAN: Limpio es mi amor.

VIOLANTE: Si le lava.

¿Casaráse él por ventura

comigo, como mi Antón?

JUAN: Por ventura, y será mucha
la que el cielo me dará.

VIOLANTE: Es muy alto de estatura,
y muy pequeña mi suerte.

JUAN: Amor las iguala y junta.

VIOLANTE: No sabré yo entarimarme,
ni caminar campanuda
en cuatro leguas de ruedo,
como cesta de criatura.

¡Bonita es la muchacha
para estarse hecha figura,
sufriendo en una visita
desacatos de una pulga!

El amor anda entre iguales;
que no hay labrador que unza,
si quiere arar igualmente,
un camello y una mula.

Supuesto esto, o toman
en casa, o adiós.

JUAN: Escucha,
simple-sabia de mis ojos.
Si palabras aseguran,

si juramentos obligan,
si prendas desatan dudas,
por la luz de esos dos soles
que mis tinieblas alumbran,
por el abril de esa cara
que el enero no destruya,
que, si hallo que tu opinión
corresponde a tu hermosura,
sin mirar en calidades
--que amor no las pide nunca--,
rendirte he, siendo tu esposo,
la hacienda que me asegura
dos mil ducados de renta.

VIOLANTE: Mire, si limpiezas busca,
más cristiana vieja soy
que Vizcaya y las Asturias.

JUAN: ¿Has cobrádome afición?

VIOLANTE: No sé qué diabros me hurga,
desde que le ví, dentro al alma,
que tien más de mil agujas.

Pero en fin, ¿se casará conmigo?

JUAN: Sin falta alguna.

VIOLANTE: ¿Y empalagaráse luego?

JUAN: Amor firme siempre dura.

VIOLANTE: Lo dulce luego empalaga,
y, como el amor es fruta,
suele comerse al principio,
y enfadar después, madura.

JUAN: No hayas miedo de eso.

VIOLANTE: ¿A fe?

JUAN: Por tu vida.

VIOLANTE: ¿Y por la suya?

JUAN: Todo es uno.

VIOLANTE: En fin, ¿le agrado?

JUAN: Infinito.

VIOLANTE: ¿Iré segura?

JUAN: Noble soy.

VIOLANTE: ¿Querráme mucho?

JUAN: Adoraréte.

VIOLANTE: ¿De burlas?

JUAN: De veras.

VIOLANTE: ¿Regalaráme?

JUAN: Como a reina.

VIOLANTE: ¿Hará locuras?

JUAN: En quererte.

VIOLANTE: ¿Es amorado?

JUAN: Más que un portugués.

VIOLANTE: ¿Arrulla?

JUAN: Como paloma.

VIOLANTE: ¿Rezonga?

JUAN: De ningún modo.

VIOLANTE: ¿Mormura?

JUAN: Pocas veces.

VIOLANTE: ¿Es tahir?

JUAN: Sólo en amarte.

VIOLANTE: ¿Madruga?

JUAN: Poco.

VIOLANTE: ¿Viene tarde a casa?

JUAN: Vendré con el sol.

VIOLANTE: ¡Cordura!

¿Qué me llamará?

JUAN: Mi cielo.

VIOLANTE: ¡Y qué más!

JUAN: Mi sol.

VIOLANTE: Con uñas.

JUAN: Mí reina.

VIOLANTE: ¿Engalanaráme?

JUAN: Como abril.

VIOLANTE: ¿Diráme injurias?

JUAN: En mi vida.

VIOLANTE: ¿Andaré en coche?

JUAN: Y en carroza.

VIOLANTE: ¿Traeré puntas?

JUAN: De Flandes.

VIOLANTE: ¿Y azul?

JUAN: También.

VIOLANTE: ¿Saldré algunas veces?

JUAN: Muchas

VIOLANTE: ¿A visitas?

JUAN: Sí.

VIOLANTE: ¿Y a toros?

JUAN: Con balcón.

VIOLANTE: ¿Y confitura?

JUAN: Cuanta quieras.

VIOLANTE: ¿Si hay comedias?

JUAN: No las perderás.

VIOLANTE: ¿Ninguna?

JUAN: Ninguna, pues.

VIOLANTE: ¿Iré al Prado?

JUAN: Irás al sol.

VIOLANTE: ¿Y a la luna?

JUAN: El verano.

VIOLANTE: ¿Y qué ha de darme?

JUAN: El alma.

VIOLANTE: Arre, que echa pullas.

JUAN: ¡Polonia!

Sale POLONIA

POLONIA: ¿Qué es lo que mandas?

JUAN: Tomar todo el pan procura,
y mete allá ese animal.

VIOLANTE: Hay media hanega.

JUAN: Haya una.

POLONIA: Pan hay para dos semanas.

Vase POLONIA

VIOLANTE: Sáqueme luego la burra;
que anochece; y, si voy tarde,
temo que mi viejo gruña.

¿Págueme?

JUAN: En este diamante.

VIOLANTE: ¡Han vido como relumba!

JUAN: Como tus ojos.

VIOLANTE: ¿Es falso?

JUAN: No hay cosa en mí falsa alguna.

VIOLANTE: ¿Y qué más?

JUAN: Esta cadena.

VIOLANTE: ¿De alquimia?

JUAN: Cual tu hermosura;
de veinticinco quilates.

VIOLANTE: ¡Qué bien vende sus agujas!

JUAN: Y este bolsillo después.

VIOLANTE: ¿Son menudos?

JUAN: Es menuda,
para tus merecimientos,
cuanta hacienda entra en Sanlúcar.

VIOLANTE: Franco es.

JUAN: Sélo tú.
VIOLANTE: ¿En qué?
JUAN: En darme
una mano.
VIOLANTE: ¿No más que una?
JUAN: Basta.
VIOLANTE: Velas aquí dambas.
JUAN: Vengan.
VIOLANTE: Arre, que echa pullas.

*Salen don GÓMEZ, doña SERAFINA y un
CRIADO*

GÓMEZ: Dejémosle por un rato
descansar. ¿Qué te parece?
SERAFINA: Que su presencia merece,
noble y apacible trato,
cualquier generoso empleo.
GÓMEZ: No importa poco este abono.
SERAFINA: Ya su tardanza perdono,
si hizo mártir mi deseo.

¡Gallarda moza!

GÓMEZ: Don Juan,

¿qué labradora es aquésa?

JUAN: La que sazona tu mesa
con el más sabroso pan
que Vallecas dió a Madrid.

GÓMEZ: ¿Vos sois quien nos trajo ayer
pan?

VIOLANTE: Y hoy lo vuelvo a vender.

GÓMEZ: Cada día acá venid;
que, como iguale al primero,
tendréis en mí un parroquiano.

¿Cómo dejaste al indiano
y aquí te quedaste?

JUAN: Quiero
prevenirle el aposento
y dar en su cena traza.

GÓMEZ: Vaya ese mozo a la plaza.

JUAN: No habrá cosa de momento
en ella; que es tarde ya.

GÓMEZ: La dispensa del Marqués,
o la de algún ginovés,

mi güesped regalará,
que se ha de quedar por hijo
en casa.

SERAFINA: ¡Notable agrado
tiene nuestro encomendado!

JUAN: ¿Ya le alabas?

SERAFINA: Ya le elijo
por dueño.

Salen don PEDRO y AGUDO

PEDRO: No hay dar con él.

AGUDO: ¡Válgate el diablo por hombre!

Madrid es mar; no te asombre
que no halles tan presto en él
un atún, donde andan tantos.

PEDRO: No he perdonado mesón.

AGUDO: Casas de posadas son
castillos de estos encantos.

PEDRO: De don Gómez, he sabido
que vive aquí.

los trabajos restaurad
de viaje tan prolijo
en quien, siendo vuestro hijo,
hace deudo la amistad
que con mi padre tuvistes,
y por vos España goza;
don Pedro soy de Mendoza.

GÓMEZ: ¿Cómo es eso?

PEDRO: Si escribistes

a don Diego, mi señor,
a deseos de que viniera
de Méjico, y mereciera
juntar en uno el valor
de vuestra casa y la mía;
en fe de cumplirlos vengo,
puesto que ocasiones tengo
más de pesar que alegría.

GÓMEZ: Caballero, no os entiendo.

¿Que sois don Pedro decís
de Mendoza, y que venís
de Méjico?

VIOLANTE: (¿Qué estoy viendo?)

Aparte

¿No es éste aquel caballero
que la maleta trocó,
y el engaño declaró
de mi don Gabriel? ¿Qué espero?)

PEDRO: Muy cuidadoso entendí
que en mi venida os hallara;
mas quien tan seco repara
en mis palabras así,
no debe de aguardar yerno
de Indias, o habrá tenido
nuevas que se habrá perdido.
Creí que, amoroso y tierno,
mi nombre apenas dijera,
cuando os hallara colgado
de mi cuello, y que, turbado,
mientras la lengua pudiera
darme alegre el bienvenido,
los ojos le interpretaran
con lágrimas que mostraran
el amor que habéis fingido.

GÓMEZ: ¡Ah don Juan! ¿No escuchas esto?

Serafina, ¿esto no ves?

PEDRO: ¿Aquéste el serafín es
que en tanto riesgo me ha puesto?

¿Vos sois don Juan de Peralta?

Dadme los brazos los dos.

SERAFINA: Téngase, señor. ¡Ay Dios!

¡Qué grosero!

PEDRO: ¡Esto me falta,
tras la pérdida pasada!

Desengáñalos, Agudo.

AGUDO: De admiración estoy mudo.

PEDRO: ¡Oh Madrid, Creta encantada!

¿Esto es lo que en tí medro?

JUAN: Que vos don Pedro os llaméis

de Mendoza o no, sabréis

que el verdadero don Pedro

ha un hora que en casa está

por hijo de ella admitido,

por cartas reconocido,

y por las señas que da.

GÓMEZ: Si la corte os ocasiona

y sus enredos a usar

marañas con qué engañar,
no es digna vuestra persona
de tan rüin proceder.

SERAFINA: Mejor fuera dar noticia
de este engaño a la justicia.

PEDRO: ¡Cielos! ¿ esto vengo a ver?
No me espanto que, engañado,
señor don Gómez, neguéis
en quien nunca visto habéis
la acción que el cielo me ha dado.
Ese don Pedro fingido
es un embelecador,
en sus engaños traidor,
si en su talle bien nacido,
que, hurtándome hacienda y nombre
en Arganda el otro día,
pagó así mi cortesía
y regalos, porque es hombre
que, engañando con el traje
a quien en su casa le honra,
las hijas nobles deshonra
en pago de su hospedaje.

Huyendo de Flandes viene,
como dirá este papel,
y el capitán don Gabriel
de Herrera por nombre tiene.

Palabra de esposo dió
a cierta doña Violante
en Valencia, y al instante
se fué que la deshonró.

Si no basta esta experiencia,
en casa le recibid;

que mejor hará en Madrid
embelecos que en Valencia;

y admítale por amante
vuestra hija, si a él se inclina,

porque doña Serafina
consuele a doña Violante.

VIOLANTE: (¡Bueno anda, cielos, mi
honor,

Aparte

y buena anda también, cielos,
la confusión de mis celos
y el crédito de mi amor!)

GÓMEZ: ¿Hay enredo más extraño?
Llamadme a don Pedro acá.

SERAFINA: No le llamen; que será
ocasión de algún gran daño.

Éste será su enemigo,
que por este modo intenta
hacer a don Pedro afrenta;
y crean, pues yo lo digo,
que el corazón no me engaña.

Porque ¿quién ha de creer
que tal se atreviera a hacer
un hombre a quien acompaña
tan noble disposición?

¿No autorizan su nobleza
las joyas que con largueza
me acaba de dar? ¿No son
las cartas testigos fieles
que del virrey ha traído,
las que de su padre has leído,
las libranzas y papeles,
de más de treinta mil pesos,
con que mentiras contrasta?

Yo le quiero bien, y basta.

PEDRO: ¿Hay más confusos sucesos?

AGUDO: Ahora entra el hablar yo.

A pagar de mi dinero,
que ese pardo caballero
la maleta nos llevó,
por mi culpa y nuestro daño
en Arganda, y que en su vida
vió a Méjico; y, si es servida,
salga aquí, y verá su engaño.

Y si no, porque aproveche,
respóndame a este argumento:

las islas de Barlovento

¿cuántas son? ¿Dónde es Campeche

¿Cómo se coge el cacao?

Guarapo, ¿qué es entre esclavos?

¿Qué fruta dan los guayabos?

¿Qué es cazaba, y qué jaojao?

SERAFINA: ¿No ves como están sin seso?

Repara en los disparates
que dicen.

GÓMEZ: Casa de orates

es la corte.

PEDRO: ¿Cómo es eso?

Vive Dios, que me obliguéis
a que dé en la calle voces,
y saque ese infame a coces,
cuando esconderle intentéis.

GÓMEZ: Miren si crece la furia!

No hay que hablar; locos están.

Échalos de aquí, don Juan.

PEDRO: Cuando me hagáis esa injuria,

os hará creer quien soy

la espada que al lado ciño.

JUAN: ¡Pobre mozo!

GÓMEZ: ¡Buen aliño

de don Pedro!

AGUDO: Ya me doy

por conventual del Nuncio.

No nos lleven a Toledo;

vámonos, que tengo miedo

de aquestos hombres. Renuncio

el título que hasta aquí

tuve de indio.

que en Méjico, o en Sevilla
cuando pisastes su playa,
no sepan quién sois.

PEDRO: Hay ciento
en Sevilla; mas no sé
si en Madrid los hallaré.

VIOLANTE: Escribid allá.

PEDRO: Eso intento;
mas si entre tanto se casa...

VIOLANTE: Eso no; yo os lo aseguro.

Venir cada día procuro
con pan reciente a esta casa.

Tengo ya mucha amistad
con la Serafina bella,
y suelo hablar con ella
con gusto y con igualdad.

En lo que os podré servir
es que, entre tanto que halláis
los testigos que buscáis,
me obligue yo a persuadir
que vuestra dama dilate
sus bodas, porque llevarlo

así a veces, será echarlo
a perder.

AGUDO: Que es disparate.

PEDRO: Si vos, bella labradora,
eso hiciédeses, sería
la hacienda y la vida
mía vuestra perpetua deudora.

VIOLANTE: La lástima que me hacéis,
me obliga a que por vos haga
esto, sin querer más paga.

PEDRO: Buena de mí la tendréis.

VIOLANTE: No os canséis en la demanda,
hasta que halléis quien de vos
dé noticia. Adiós.

PEDRO: Adiós.

AGUDO: ¡Válgate el diablo el Arganda!

Vanse los dos

VIOLANTE: Basta, que aquí está el ingrato
ocasión de mis querellas,

y que en engañar doncellas
ha puesto caudal y trato.
Ya yo supe desde ayer
que era ésta la Serafina
que al indiano desatina
y mi esposo vino a ver.
A don Juan traigo perdido,
y téngole de enlazar,
por lo que me ha de importar
el tenerle entretenido.
Amor, pues tanto embelecas,
dame algún discreto ardid
con que celebre Madrid
la villana de Vallecas.

Vase. Salen don VICENTE y AGUADO

VICENTE: ¿Tú en la corte, traidor? ¿Qué
es de mi hermana?
Contigo huyó sin honra y sin recato;
tú sabes de ella, y quien me afrenta sabes.

Dímelo, o vive Dios que en tí comience
a dar principio a mi venganza honrada.

AGUADO: Detén, señor, la furia con la es-
pada.

Verdad es que salí con mi señora
la misma noche que la echaste menos,
porque, burlada de promesas leves
de un soldado de Flandes que allí vino,
a trueque de palabras y de firmas,
le dió la posesión de su honra y fama.
Enamorada de botones de oro,
y de plumas ligeras que volaron
con su ingrato soldado fugitivo,
la enseñó, aunque fué tarde, su escarmiento,
que, quien en plumas fía, cobra en viento;
salimos de Valencia; mas no pienses
que puedan tanto en ella sus agravios,
que al qué dirán del vulgo impertinente
arriesgue su opinión por los caminos,
viniendo tras su amante hasta en la corte;
antes, juzgando por indigna cosa,
vivir en tu presencia deshonorada,

y a vista de los ojos de Valencia,
--que el noble, aunque afrentado, si es discreto,
piensa que todos saben su secreto--
de mi lealtad fiada, hasta Monviedro
salió conmigo, y en la real clausura
que de Santa Matrona tiene nombre,
a la abadesa dió, por ser su tía,
cuenta de su desgracia, y, entre tanto
que el cielo da remedio a sus injurias,
encerrada y llorando cada día,
maldice la mujer que en hombres fía.
Prometíla venir a Madrid luego
en busca de don Pedro de Mendoza
y don Gabriel de Herrera, que disfraza
aqueste nombre, que es el verdadero,
para engañar mejor con el primero;
y quiso Dios que en la posada misma
que tomé en esta corte, se aposenta
el autor cauteloso de tu afrenta.
Porque, creyendo entrar en mi aposento,
entré en el suyo, y ví sobre un bufete
billetes de tu hermana y mi señora,

que en fe de sus amores la escribía
cuando en Valencia conquistó su fama;
y, de algunos papeles que con ellos
hallé revueltos y leí curioso,
supe llamarse don Gabriel de Herrera,
ser capitán de Flandes, y haber muerto
a un ilustre tudesco, a cuya causa,
huyendo de castigos y temores,
viene a Madrid con cartas de favores.
Ésta es la verdad pura, y porque sepas
si la digo o si miento, aguarda un poco;
sacaré los papeles, que aquí dentro
de tus azares han de ser encuentro.

Vase

VICENTE: Honra, si esto es verdad, dadme
en albricias
el gusto que me falta por perderos.
Si el capitán ingrato tiene prendas
dignas de mi valor, y restituye

a mi hermana la honra que ha usurpado,
será, en vez de enemigo, mi cuñado.

Sale AGUADO

AGUADO: Abierto el aposento se dejaron,
porque en falso la llave en él echaron.
¿No es de doña Violante aquesta letra?
Estos versos ¿no son en su alabanza?
Y en ellos ¿no blasona avergonzado
un sol, de quien el otro fué traslado?
Mira pues esta carta, y saca de ella
cómo se llama este don Pedro falso,
la muerte del tudesco y su venida,
y estima mi lealtad agradecida.

Don VICENTE lee los papeles aparte

De molde ha venido el hospedaje
en la misma posada de don Pedro;

que, aunque de las maletas supe el truco,
y sé que el pobre indiano está inocente,
entre tanto que el otro no parece,
sosegaré la furia valenciana
de mi señor, padezca o no padezca
don Pedro de Mendoza; que, pues finjo
que la villana noble está en Monviedro,
este enredo ha de ir de Pedro a Pedro.

VICENTE: Ya doy por bien empleada mi
venida.

En la corte no es cuerdo el que negocia
casos de honra por armas, que se quedan
en la calle, saliendo a poner paces
sus vecinos, y, siendo pregoneros,
a una verdad añaden muchos cerros.

Más vale averiguarlo por justicia,
y, haciéndole prender seguramente,
el qué dirán huir del vulgo y gente.

Llámame un alguacil de corte al punto.

AGUADO Con él vuelvo al instante. (El
mejicano Aparte
perdone; que este enredo importa ahora

a mi vida y honor de mi señora.)

Vanse. Salen don PEDRO y AGUDO

PEDRO: Agudo, ¿aquésta es España?
¿Castilla y su corte es ésta,
tan celebrada en las Indias
en el término y llaneza?
Los que de España pasaban,
nos decían en mi tierra
que los dobleces y engaños
eran naturales de ella;
bien lo experimento en mí,
pues en Madrid entro apenas,
cuando confunden mi dicha
los laberintos de Creta.
No hallo nobleza sencilla,
amistad que permanezca;
caballos de Troya son
cuantos la corte sustenta.
¿Qué he de hacer menospreciado,

sin crédito y sin hacienda,
tenido por loco en casa
de don Gómez?

AGUDO: Trocar quejas
en diligencias, señor.

Hoy es día de estafeta;
escribe luego a Sevilla
a algún amigo que venga
y traiga hecha información
de quién eres, con que puedas
desmentir de tu contrario
invenciones y quimeras.

El capitán del navío
en que veniste, en nobleza
y amistad es otro tú,
si, no miente la experiencia.

Amigo fué de tu padre;
con su camarote y mesa
te obligó en la embarcación,
trayéndote por su cuenta;
él y los que te conocen
desharán aquesta tela,

que tantas marañas urden,
y tanta mentira enreda.
Acude a los mercaderes
de esta corte, a quien las letras
vienen que de Indias trujiste,
porque cobrallas no pueda
quien cobra las de tu amor;
que, con estas diligencias,
averiguando verdades,
saldremos de esta molestia.

Sale don VICENTE

VICENTE: (¡Válgame el cielo! Si es éste
Aparte
el vil autor de mi afrenta,
venganza, tened la espada;
que aquí ha de hacer la prudencia
más que el enojo arrojado.)

Salen don GÓMEZ, don GABRIEL, don JUAN, doña SERAFINA, doña VIOLANTE y CORNEJO

GABRIEL: ¿Hay semejante insolencia?
Dejadme, señor don Gómez.

JUAN: Deteneos.

GABRIEL: ¿Que me detenga
me aconsejáis vos, don Juan?
¡Vive Dios...!

Habla aparte CORNEJO a su amo

CORNEJO: ¿Qué es lo que intentas?
¿Para qué a don Pedro buscas?

GABRIEL: ¡Que haya en Madrid quien se
atreva
a tan gran bellaquería!
¡Que haya quien afirmar pueda

que no soy don Pedro yo!

CORNEJO: No levantes polvaredas
que han de darnos en los ojos.

SERAFINA: ¡Que mis lágrimas no sean
bastantes a refrenar,
don Pedro, la furia vuestra!

GÓMEZ: Serafina, ¿tú también
sales acá?

SERAFINA: No respeta
en los peligros Amor
imposibles que no venza.

Temo que alguna desgracia
a mi esposo le suceda,
que viene tras estos locos,
y el alma tras sí me lleva.

VIOLANTE: (¡Ay, cielo! ¿en qué laberintos
Aparte

mis desventuras enredan
la esperanza de mi amor,
medio verde y medio seca?

¿Qué es lo que intenta el ingrato
de mi amante, que encadena

tanto eslabón de mentiras
en su daño y en mi ofensa?
Sus pasos cual sombra sigo,
porque es imán su presencia
de los yerros de mi amor;
mi dicha a dorarlos vuelva.)

JUAN: Aldeana de mis ojos,
¿qué hacéis vos aquí?

VIOLANTE: Soy muerta,
señor don Juan, por hallarme
entre pleitos y pependencias.
¡Par diez que habemos de ver
el fin que tienen aquéostas!

JUAN: En todo sois de buen gusto.

VIOLANTE: Haylos bravos en mi aldea.
(¡Cielos! aquí está mi hermano. Aparte
Si me ve, mi muerte es cierta.

Sayal, villanos rebozos,
mi vida se os encomienda.)

GABRIEL: ¿Sois vos el que, en desacato
de mi fama y mi nobleza,
pretendistes usurpar

mi apellido y nobles prendas?
¿Sois el que afirmáis venir
de Nueva España, y me afrenta
diciendo que os he robado
la esposa, el nombre, y la hacienda
¿El que el blasón de Mendoza,
que mi sangre antigua hereda,
os aplicáis, afirmando
que soy don Gabriel de Herrera,
que huyendo vengo de Flandes,
que he deshonrado en Valencia
una mujer principal,
y otras marañas como éstas?

PEDRO: A atrevimiento tan grande,
por no decir desvergüenza,
mejor será que os responda
la espada, que no la lengua.
No sólo afirmo eso mismo;
pero, conforme a las muestras
de vuestro villano trato
y rüin correspondencia,
digo que tampoco sois

don Gabriel, aunque desmienta
los papeles que os abonan,
quizá falseando letras,
porque sujeto tan vil,
¿cómo es posible que tenga
sangre generosa y noble,
cuando se honra con la ajena?
Que el hurtar en las posadas
honras que vendéis por vuestras,
como habéis hecho conmigo,
no será en vos cosa nueva.
Pero ¿qué sirven razones
a quien no hace caso de ellas?
Firme en mi abono la espada
lo que en mi derecho aprueba.

Saca la espada

GABRIEL: ¿Hay iguales desatinos?
Agora digo es de veras
el estar este hombre loco;

mas curarále la pena.

Apartaos, mi Serafina;
quitaos, don Juan.

JUAN: No es prudencia
sentirse de quien no agravia.

Pase esto por burla y fiesta.

GÓMEZ: Yo estoy de quien sois seguro,
Serafina satisfecha,
conocido este embeleco;
¿qué hay pues que indignaros pueda?

Salen un ALGUACIL y AGUADO

AGUADO: El alguacil que mandaste,
es éste.

VICENTE: A buen punto llega.

ALGUACIL: Ya estoy del caso enterado.
¿A quién me mandáis que prenda?

VICENTE: A este enredador de España;
que, según son las quimeras
que hace, no hallo otro nombre

que más propio le convenga.

ALGUACIL: Soltad, hidalgo, las armas.

PEDRO: ¿Yo?

ALGUACIL: Pues ¿quién queréis que sea?

Veníos conmigo a la cárcel.

AGUDO: (¿Hay por aquí alguna iglesia?)

Aparte

ALGUACIL: ¡Hola! tené ese lacayo.

CORNEJO: Téngase al rey.

AGUDO: Pues ¿tú llegas?

CORNEJO: Yo llego.

AGUDO: ¿Quieres trocarme por otro como maleta?

PEDRO: ¿Qué nuevas persecuciones, crüel España, son éstas?

¿Qué insultos he cometido?

¿Es cuestión, es muerte, o deudas?

ALGUACIL: Todo junto.

PEDRO: ¿Qué decís?

ALGUACIL: La deuda es de una doncella, la muerte de un capitán,

y ésta la riña o pendencia.

Los papeles que con vos
traéis son los que os condenan.

VICENTE: Y yo la parte y el todo;
que, a teneros en Valencia,
de otra suerte averiguara
vuestro insulto y mis afrentas.

GABRIEL: Pues ¿qué es esto, caballero?

VICENTE: Cosas indignas apenas
de crédito, aunque se ven.

Si he de sacar consecuencias
de lo que aquí os he escuchado,
éste es don Gabriel de Herrera,
de el Mendoza usurpador,
que a mi hermana menosprecia;
a mí me trae en su busca,
y a vos sus culpas os echa.

PEDRO: Cielos! ¿En qué os he ofendido?
No ha tres semanas enteras
que tomé puerto en Sanlúcar
--¡sepultárame su arena!
Pues ¿cómo en tan corto

espacio os pude yo hacer ofensa?

Mirad que el que os agravió
es este traidor, que intenta
levantarse con mi esposa,
con mi nombre y con mi hacienda.

SERAFINA: ¡No está mala la invención!

PEDRO: Agudo, ¿cómo no alegas
todo lo que en esto sabes?

AGUDO: Cuando necesario sea,
diré lo que en esto sé;
que, desmentir tantas lenguas,
es navegar contra el viento.

PEDRO: Vos, hermosa panadera,
¿no sabéis lo que en esto hay?

VIOLANTE: ¿Yo? ¿De qué quiere lo sepa?
¿Hele visto yo en mi vida?

PEDRO: ¿Hay confusiones como éstas?
¿No estuvistes vos presente,
hidalgo, en aquella aldea,
donde supistes el caso
y truco de las maletas?

AGUADO: ¿En aldea yo con vos?

Ya no me espanto que os tengan
por embaidor o por loco;
¡Conmigo vos!

PEDRO: En Vallecas.

AGUADO: ¿Dónde cae esa ciudad?

PEDRO: ¡Un rayo caiga y me encienda!
Que, pues son contra mí todos,
ya la vida me molesta.

ALGUACIL: Vengan los dos a la cárcel.

Llévanlos

VIOLANTE: (Por librar mi ingrato de ella,
Aparte
fingí ignorar lo que ví;
que el amor tiene más fuerza
que la injuria.)

GÓMEZ: ¡Extraño enredo!

GABRIEL: Con esto no habrá sospecha
acerca de mi opinión,
que a descomponerme venga.

GÓMEZ: Pues de vos ¿cuándo la hubo?

SERAFINA: Luego dije yo quién era el enredador. ¡Jesús!

¡Que esto en Madrid se consienta!

VICENTE: Adiós, caballero.

GABRIEL: Adiós.

Servíos de la casa nuestra;

y el fin que vos deseáis

aquestos sucesos tengan.

VICENTE: Bésoos, señores, las manos.

Vase don VICENTE

VIOLANTE: Aguado.

AGUADO: Señora.

VIOLANTE: Ordena de verme.

AGUADO: ¿Cuándo?

VIOLANTE: Mañana.

AGUADO: Si iré.

Vase AGUADO

JUAN: ¡Qué! ¿ Vaisos, Teresa?

VIOLANTE: ¿No le parece que es hora?

JUAN: Aunque es noche, no hay tinieblas
donde vos estáis, que sois...

VIOLANTE: Dirá que sol o linterna.

GABRIEL: Todo se hace bien, Cornejo.

CORNEJO: Date con la dama priesa;
que por Dios que tengo el alma
con más de mil tembladeras.

*Vanse todos; quédanse don JUAN y doña
VIOLANTE*

JUAN: ¿Queréis que vaya con vos?

VIOLANTE: ¿Para qué? Mi pueblo es cerca,
la burra, al venir, de plomo,
pero de pluma a la vuelta.
No le faltará a quien ronde

acá su merced; que hay rejas,
y redendijas también.

JUAN: Rondará memorias vuestras
el pensamiento, no más.

¿Quién hay en Madrid que pueda
competir con vos?

VIOLANTE: ¿A fe?

JUAN: ¿Qué, me dejáis?

VIOLANTE: ¿Qué, se queda?

JUAN: A oscuras.

VIOLANTE: Pues Dios le alumbre.

JUAN: ¿Qué mandáis?

VIOLANTE: Que cene y duerma.

JUAN: No podré.

VIOLANTE: ¿Por qué ocasión?

JUAN: Por vos.

VIOLANTE: ¿Pues soy yo dieta?

JUAN: De mis gustos.

VIOLANTE: ¿Tiene muchos?

JUAN: Cuando os miro.

VIOLANTE: ¿Y en mi ausencia?

JUAN: Mil tormentos.

VIOLANTE: ¿Quién los causa?

JUAN: La villana de Vallecas.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Salen doña VIOLANTE, de dama; y don LUIS de Herrera; y AGUADO

VIOLANTE: En fe de la cortesía
a que es un noble obligado,
y de vos mi dicha fía,
os he, señor, suplicado
que honréis mi casa este día;

porque después que he sabido
que de don Gabriel de Herrera
sois primo, me he prometido
el buen suceso que espera
mi honor, por él ofendido.

LUIS: Cuando de venir a veros
no consiga otro interés,
señora, que conoceros,
y que me mandéis después
servicios que intento haceros,
estimaré mi ventura,
dando a todos que invidiar;
pues si agradaros procura,
¿qué más premio que obligar
y servir tal hermosura?
Primo soy, como decís,
de don Gabriel, y he sabido,
si agraviada de él venís,
que está en Madrid y que ha sido,
del modo que me advertís,
quien a una doña Violante
palabra en Valencia dió,

y, huyendo al fin inconstante,
como mercader quebró
correspondencias de amante.
He sabido que está preso
por su hermano, que ha venido
a castigar este exceso,
y que en Madrid, persuadido
de su amor o poco seso,
a una doña Serafina,
bella, ilustre, rica y moza,
hacer creer determina
que es don Pedro de Mendoza,
con quien casar imagina,
y viene de Indias a España.
Fingiendo no sé qué trueco,
principio de esta maraña,
con uno y otro embeleco
a cuantos le ven engaña.
Su hermano mayor es muerto
en Granada, habrá ya un mes;
y como tuve por cierto
que estaba en Flandes, después

que hice poner en concierto
el mayorazgo que hereda,
de tres mil y más ducados,
para que saberlo pueda,
dos pliegos van duplicados,
sin otro que en casa queda.

Tuve entre tanto noticia
que había llegado aquí,
y le prendió la justicia;
mas, como nunca le ví,
por profesar la milicia
desde niño, hasta saber
cuál de estos dos es mi primo,
no me he dado a conocer,
ni le he hablado; aunque me arrimo
al más común parecer
de que es don Gabriel el preso,
y don Pedro de Mendoza
el que en aqueste suceso
el nombre y posesión goza.

VIOLANTE: No tenéis que dudar de eso.

LUIS: Diciéndolo vos, ya fuera

mi duda poco cortés.
Mas, ¡que don Gabriel de Herrera
el amoroso interés
que en vuestra hermosura espera,
desestime! ¡Vive Dios,
que estoy por desconocerle!
Porque, agraviándoos a vos,
es culpa el favorecerle,
pues nos afrenta a los dos.
Cuando esa hermosa presencia
su nobleza no obligara
a justa correspondencia,
el veros venir bastara
en su busca de Valencia,
para pagar liberal
las deudas de vuestro honor
que ha negado desleal,
debiendo a tan firme amor
las costas y el principal.
Pero yo tomo a mi cuenta,
señora, haceros vengada,
por más que el bárbaro intenta

dejar su sangre manchada
con tan conocida afrenta.
La palabra que os ha dado,
hacer hoy que os cumpla quiero;
que es insulto en él doblado
el quebrarla caballero,
y el no cumplirla soldado.

VIOLANTE: Discreto habéis prevenido
las quejas que os vengo a dar,
y, pues me habéis conocido,
por vos pienso restaurar
mi fama y honor perdido.
En vos, señor don LUIS,
pongo toda mi esperanza.

LUIS: Si mi palabra admitís,
ella os dará venganza,
el honor por quien venís.
A la cárcel voy a ver
a vuestro ingrato deudor,
y, si sabe conocer
las prendas de vuestro amor,
fácil será deshacer

esta quimera, y soltarle;
que amigos tengo en Madrid
con que poder ayudarle.

VIOLANTE: Que está mi hermano advertid
aquí, y que viene a buscarle,
y importa que esté ignorante
de que en esta corte asisto.

LUIS: No temáis, bella Violante;
que, pues la hermosura he visto
que despreció vuestro amante,
o no me tendrá por primo,
o por esposa os tendrá.

VIOLANTE: Vuestro favor noble estimo,
pues seguro fin tendrá
mi amor, siendo vos su arrimo.
Yo soy madrina mañana
de una hermosa labradora
en Vallecas...

LUIS: Poco gana
a vuestro lado, señora,
y en escoger fue villana,
porque ¿qué ha de parecer

en vuestra bella presencia?

VIOLANTE: Bien puede, don Luis, hacer a las damas competencia que en Madrid estimáis ver. Hame hospedado en su casa --porque encubierta, desde ella supe lo que en esto pasa, y quién es la Circe bella que a mi don Gabriel abrasa-- y quiere en esto cobrar el hospicio que la debo.

LUIS: Una cosa he de intentar. Si yo allá a don Gabriel llevo, y le viniese a obligar , que os diese de esposo allí la mano, ¿no es peregrina traza?

VIOLANTE: A suceder así, será novia la madrina.

LUIS: Pues dejadme hacer a mí; que, si yo negociar puedo que le suelten en fiado,

deshaciendo tanto enredo,
a vuestro amor y cuidado
he de asegurar el miedo.

La corte he de revolver
hoy para hacerle soltar.

VIOLANTE: Dificultoso ha de ser.

LUIS: Mis amigos han de dar
muestras hoy de su poder.

Cuando sepan el valor
del preso, y que es primo mío,
con un seguro fiador
que salga por él, confío
que han de hacerme este favor.

Mañana estamos los dos
allá, porque estoy dispuesto,
señora, a volver por vos.

VIOLANTE: No le digáis nada de esto.

LUIS: Pues claro está. Adiós.

VIOLANTE: Adiós.

Vase don LUIS

AGUADO: ¿A qué propósito son.
tantas marañas?

VIOLANTE: Después
que vieres su conclusión,
dirás que la mujer es,
Aguado, toda invención.

AGUADO: Si es don Pedro el que está
preso,
¿para qué por don Gabriel
le haces soltar?

VIOLANTE: Te confieso
que tengo lástima de él,
y temo no pierda el seso.
Fuera de que no me está
su libertad mal a mí,
pues suelto averiguará
quién es, estorbando así
lo que preso no podrá.

AGUADO: Pues ¿para qué le has culpa-
do
con su primo, y has fingido

que fe de esposo te ha dado,
que aquí por él has venido,
y que le lleve has trazado
a Vallecas a casarle?

VIOLANTE: No he hallado modo mejor
que el que ves para obligarle
que ponga en esto calor,
y haga más presto soltarle.

AGUADO: Y allá ¿qué habemos de hacer
con ellos?

VIOLANTE: Déjame a mí.

AGUADO: Demonio es una mujer.
Hasme hecho buscar aquí
esta casa de alquiler
con todo aqueste aparato...

VIOLANTE: Lo que se halla por dinero
en ocasión es barato.

AGUADO: Dejas el traje grosero,
y sólo para este rato
has despojado una tienda
y tres sastres ocupado.
No hay ingenio que te entienda.

VIOLANTE: De curioso en necio has dado.
Mientras hay joyas que venda,
ni mis gastos te den pena,
ni pretendas saber más
de lo que mi amor te ordena.

Lámame a don Juan.

AGUADO: ¿Querrás
hacerle otra burla?

VIOLANTE: ¡Y buena!

Hícele avisar que aquí
una dama le esperaba
mejicana.

AGUADO: ¿Y vendrá?

VIOLANTE: Sí.

AGUADO: A su puerta te aguardaba,
haciéndose ojos por ti,
sin que villana pasase,
que su bella panadera
luego no se le antojase.

VIOLANTE: Ayunará, si hoy espera
pan que Teresa le amase.

AGUADO: ¿Pues no te ha de conocer,

(¡Válgame el cielo! ¿Qué eo? Aparte

¿No he visto yo esta mujer
otras veces?) El deseo

de saber qué pueda ser
la causa, hermosa señora,
para enviarme a llamar...

(¿No es ésta la labradora Aparte

que vino a tiranizar
el alma que en ella adora?)

Digo pues que este deseo
a serviros me ha traído.

(Su imagen en ella veo, Aparte

y, aunque lo niega el vestido,
su cara y mis ojos creo.

Su retrato es y traslado.)

Y como el deseo que digo
mi venida ha apresurado,
deseo que uséis conmigo...

VIOLANTE: Vos, señor, venís turbado.

Sentaos; toma esa silla.

Sosegaos y hablad después.

JUAN: No os cause esto maravilla;

y Amor, que es de vista escasa,
caerá en faltas conocidas;
si no es que ponerse intenta
por corto de vista antojos,
pues con ellos la acrecienta
y ve el alma por los ojos
lo que su luz representa.

Que, como el verde cristal,
a quien por él quiere ver,
suele por un modo igual
verdes las cosas hacer,
cual piedra filosofal;
del mismo modo, quien ama
si fe a sus antojos da,
sirviendo de luz su llama,
cuantas viere, juzgará,
de la color de su dama.

Yo me debí de engañar.
Ved ahora en lo que puedo
serviros.

VIOLANTE: Desengañar
os deseo.

JUAN: Ya lo quedo.

VIOLANTE: De lo que os quiero avisar,
no lo estáis; que es de más peso,
don Juan, de lo que pensáis;
y, por lo que yo intereso
en ello, aunque lo ignoráis,
que os va la honra os confieso.
Por huésped tenéis en casa
a un don Pedro de Mendoza,
que me dicen que se casa
con un serafín que goza
la belleza en que se abrasa.

JUAN: Hermosa y rica es mi hermana,
aunque, delante de vos,
cualquiera alabanza es vana.
Casarse quieren los dos,
si cierta duda se allana
que ha impedido el no estar hecho;
mas presto se efetuará.

VIOLANTE: ¿Y vendráos mucho provecho,
si en Indias casado está
quien tanto os ha satisfecho?

JUAN: ¡Don Pedro casado!

VIOLANTE: Sí;

o a lo menos desposado;
que no en balde vengo aquí
por palabras que me ha dado.

Prendas de mi honor le dí;
en hacienda y calidad,
si ventaja no le llevo,
le igualo; y, en voluntad
pues a seguirle me atrevo,
si es mi igual vos lo juzgad.

Doña Inés de Fuenmayor,
me da blasones mayores
que dicha mi ciego amor.
De agüelos conquistadores
heredé hacienda y valor.

Ese don Pedro tirano,
después de haber pretendido
favores un año en vano,
y mis desdenes sentido;
siendo al fin Páris indiano,
perseverando constante,

dió de mi deshonra nota;
que, cayendo cada instante
sobre una peña una gota,
la rompa, aunque sea diamante.

Y apenas gozó cumplida
la pretensión de su amor,
cuando ordenó su partida;
porque el ingrato deudor
tarde paga y presto olvida.
Su padre había concertado
por cartas, según parece,
con el vuestro, dar estado
a quien mudable merece
ser de todos despreciado;
e, ignorante de mi ofensa,
a España le hizo embarcar,
dejando mi honra suspensa
entre las olas del mar,
donde sepultarla piensa.
Supe su término infiel,
y, fiada del secreto,
al fin me embarqué tras él.

Llegué a esta corte, en efeto,
y en su confuso Babel
mi amor hizo información
de quien sois; sé que se inclina
a ponelle en posesión,
y ser doña Serafina
de su mudanza ocasión;
pues luego que se casare,
de Madrid se ausentará,
y, sin que en dudas repare,
tantas mujeres tendrá
cuantas provincias mudare.
Si no os parece que trato
verdad, sirva de testigo,
aunque mudo, este retrato;
que, con ser de mi enemigo,
no es tan descortés ni ingrato
como él; pues, por consolarme,
hasta aquí me acompañó;
y después podrá abonarme
este mío que volvió
el inconstante a enviarme,

Enséñale dos retratos

que en figuras entretiene
mis esperanzas avaras,
y a pagarme en caras viene;
mas ¿qué ha de dar sino caras,
amante que tantas tiene?
Firmas os mostraré en suma,
retrato de sus mudanzas,
para que él se presuma
su abono, pues da en fianzas
palabras, papel y pluma.
Juez agora podréis ser
del agravio en que me fundo,
si no es que pueda tener,
quien viene del otro mundo,
en éste nueva mujer.

JUAN: Quisiera tener aquí
a vuestro ofensor, por Dios,
para castigarle así,

tanto por lo que os va a vos,
como lo que me va a mí;
que si Amor es semejanza,
a quien amo os parecéis,
ya es mía vuestra venganza;
pero hoy, señora, veréis
castigada su mudanza,
y en ella el poco respeto
que a nuestra casa ha tenido.

VIOLANTE: Sosegaos si sois discreto;
que el remedio que he escogido,
es más prudente y secreto.

¿De qué sirve que furioso
darle muerte pretendáis
con medio tan riguroso,
si mi honor no remediáis,
y pierdo por vos mi esposo?

Pues que tanto me parezco
a la dama que decís,
si por su causa merezco
el favor que prevenís,
y yo cortés agradezco,

suspended disimulado
sus dudas, y no mostréis
sentiros de él agraviado;
que presto por mí saldréis
de pena, y yo de cuidado.

No os digo el cómo, hasta tanto
que llegue su ejecución.

JUAN: De esa firmeza me espanto.

VIOLANTE: Vame en esto la opinión,
y el fin de mi injuria y llanto.

JUAN: Dígoos que pondré por vos
freno al furor que me abrasa.

VIOLANTE: Quédese esto entre los dos,
y servíos de esta casa.

JUAN: Vuestro esclavo soy. Adiós.

Vase don JUAN, y sale AGUADO

AGUADO: Bueno el embeleco va.

¿Qué es lo que nos falta agora?

¿Tienes más que mentir ya?

VIOLANTE: Volver a ser labradora
me falta.

AGUADO: En tu ingenio está
un Dédalo revestido:
ya te vuelves panadera,
ya ser indiana has fingido,
ya Violante verdadera.

¿Dónde diablos has urdido
tanta mentira y engaño?

VIOLANTE: Todo importa a mi sosiego.

AGUADO: ¿Qué planeta reina hogaño
quimerista?

VIOLANTE: Amor, que ciego
estudia contra mi daño
trazas. Calla; que has de ver
lo que en mis amores pasa.

AGUADO: ¡Válgate Dios por mujer!

VIOLANTE: Cierra agora aquesta casa,
y haz al momento volver
esa ropa al corredor;
que no he de estar más en ella.
Dame el traje labrador.

AGUADO: Más sabes, sin ser doncella,
que la doncella Teodor.

VIOLANTE: Las escobas, ¿dónde están?

AGUADO: Una carga hay ahí entera,
que cien casas barrerán.

VIOLANTE: Pues voyme a vestir, que espera
a su Teresa don Juan.

*Vanse, y salen don GABRIEL y
CORNEJO*

GABRIEL: Quitalle la dama quiero,
mas no, Cornejo, la hacienda.

Porque soy don Pedro entienda,
aunque amante, caballero;
como amante, enredador;
pero desinteresado
como caballero.

CORNEJO: Has dado
terrible arbitrio, señor,
porque en volviéndole el oro,
no tendremos qué gastar,
y sin él no hay que esperar

en tu amor, cuyo decoro
sólo ha estribado hasta ahora
en la hacienda que trujiste,
pues por las joyas que diste
a tu serafín, te adora;
y así, en faltando las galas,
dará a tus favores fin,
porque todo serafín
tiene doradas las alas.

Yo al menos no te aconsejo
disparate tan solemne.

GABRIEL: Toda esta casa me tiene
por dueño suyo, Cornejo.

Don Gómez, mientras que llega
la plata con que le engaño...

CORNEJO: ¿Plata? Ya tomará estaño.

GABRIEL: Liberalmente me ruega
que de cuanto tiene haga
lo que quisiere, y murmura
de que, perdiendo la hechura,
de estas joyas me deshaga.

A don Antonio escribí

cómo a esta corte he llegado.
En tres años no he cobrado
mis alimentos. Y así
brevemente me enviará
dineros con que se tenga,
primero que al suelo venga,
esta máquina.

CORNEJO: Sí hará,
si quiere y paga mejor
que los demás.

GABRIEL: Siempre ha sido,
en cuantas cosas le pido,
mi hermano buen pagador.
No es como otros derramado;
gasta poco, y mucho cobra,
y así la hacienda le sobra,
porque, aunque mozo, es reglado.
Quiéreme bien, y no tiene
más hermanos ni herederos.
Mientras me envía dineros,
dar priesa al viejo conviene
y fin a tanta quimera.

CORNEJO: En dilatándose más,
con todo en tierra darás.

GABRIEL: La amonestación tercera
es mañana, y me parece
que a la noche me desposo.

CORNEJO: Aquese lance es forzoso
porque si don Pedro ofrece
testigos que de Sevilla
aguarda, y aprueba con ellos
quién es, por librarnos de ellos,
saldremos de aquesta villa
a cencerros atapados,
y plegue a Dios que no demos
en la tierra.

GABRIEL: Ya estaremos
cuando vengan, desposados.
Agora importa buscar
quien finja que de Granada
viene.

CORNEJO: ¿Hay nueva trampa arma-
da?

GABRIEL: A don Pedro ha de ir a hablar,

sin que de él sea conocido...

CORNEJO: Eso yo le buscaré.

GABRIEL: ...con cartas en que le dé
don Antonio el bien venido,
en respuesta de las mías.

CORNEJO: Daránse al diablo los presos.

GABRIEL: Las joyas, barras y pesos,
sin las demás niñerías
que trujo de Indias, valdrán
hasta cuatro mil ducados;
joyeros que tengo hablados,
aqueste precio les dan.
Ésos le he pedido al viejo,
y éstos en oro dirá
que le remite de allá
don Antonio.

CORNEJO: ¡Mal consejo!

GABRIEL: De enredos vive quien ama;
ellos me han de aprovechar;
no le tengo de quitar
la hacienda, sino la dama.

CORNEJO: Si te resuelves en eso,

aquí tengo un primo hermano,
hombre de bien y asturiano;
traeréle, y llevará al preso
ese dinero, fingiendo
que ayer de Granada vino;
mas, por Dios, que es desatino
lo que intentas.

GABRIEL: Yo me entiendo.

Éste es don Juan, mi cuñado.

Anda, y busca ese pariente.

CORNEJO: Voy.

Vase CORNEJO y sale don JUAN

JUAN: (¡Que un caballero intente

Aparte

tal engaño! A no haber dado

mi palabra a doña Inés,

yo castigara este día

su ingrata descortesía.

Pero aquí está.)

GABRIEL: ¡Don Juan! Pues,
¿de qué venís pensativo?

JUAN: No sé qué imaginación
me entristece.

GABRIEL: ¿Es pretensión
de alguna dama?

JUAN: No vivo
tan sujeto a esas quimeras,
que, en lo que por pasatiempo
tomo, gaste todo el tiempo;
negocios son de más veras.

GABRIEL: Pues yo tengo el alma toda
ocupada en el deseo
de mi Serafina, y creo
que el dilatarse esta boda
ha de apresurar mi muerte.

JUAN: Si ya amonestado estáis,
y mañana os desposáis,
¿qué teméis?

GABRIEL: Mi poca suerte,
que está llena de desvelos,
y cada instante se muda.

JUAN: (El malhechor siempre duda;
Aparte
que el pecar todo es recelos.)

GABRIEL: Voy a ver mi serafín.

Vase don GABRIEL

JUAN: De tu vida y mi venganza
será fin, de tu esperanza
e intentos no serafín.

Pero, imaginación loca,
¿posible es que os engañéis,
y que lo que visto habéis,
ojos, os niegue la boca?
Alma, vos sois a quien toca
desatar esta quimera;
siempre salís verdadera;
deklaradme ahora pues
si la indiana doña Inés
es mi hermosa panadera.

Negaré el entendimiento
esta imposibilidad;
mas dirá la voluntad
que acierta mi pensamiento;
pues aunque no hay fundamento
para mi imaginación,
la amorosa turbación
con que la vi, considera
que nunca el alma se altera,
si no es con mucha ocasión.
Diréis que la semejanza
hizo ese milagro en mí,
porque retratada ví
en sus ojos mi esperanza.
Sí; pero ¡tanta mudanza
en un instante! eso no;
que aunque su traje engañó
los ojos que dejó en calma,
como es espíritu el alma
sus vestidos penetró.
Sí; pero ¿por qué razón
se había de disfrazar?

Celos, si os damos lugar,
diréis que aquella invención
fué por tener afición
a don Pedro. Pues, ¿quién pudo
darla aquel traje? Mal dudo;
que en la corte se halla todo.
¿Y el trocar por aquel modo
en estilo noble el rudo?
Con la costumbre y el trato,
suele en un buen natural
trocar en seda el sayal.
Si está en Madrid cada rato,
¿por qué mis dudas dilato?
Mas, ¡ay Amor quimerista!
Si engañándoos sois sofista,
haced que por vos arguya
mi labradora, y concluya
mis recelos con su vista.

El no venir este día
a verme aumenta mis celos.

Doña VIOLANTE pregona de dentro

¡Y a las escobas!

JUAN: ¡Ay cielos!

VIOLANTE: ¡Escobas de algarabía!

JUAN: ¡0 voz que mi dicha canta,

y mi esperanza despierta,

mi sospecha deja muerta,

y mis temores espanta!

Ya, ni temo, ni sospecho;

ya, en verla, resucité.

Sale doña VIOLANTE, de labradora con una carga de escobas a cuestas

VIOLANTE: ¡Valga el diablo a su mercé!

¿Que acá estaba?

JUAN: Un Argos hecho,

un mártir de vuestra ausencia.

¿Cómo ha salido hoy tan tarde
el sol que me abrasa y arde?

VIOLANTE: He tenido una pendencia
hoy con mi viejo, y no quijo
dejar me venir más presto.

JUAN: ¿Pendencia?

VIOLANTE: Y aun, pues no han
puesto
las manos el padre e hijo
en mí, no es poca ventura.

JUAN: Matarélos yo.

VIOLANTE: ¡Verá!

El doctor los matará
que da de comer al cura.

JUAN: Pues ¿por qué la riña fué?

VIOLANTE: Porque ha dado en cabezudo.
Mas de decírselo dudo;
que le ha de pesar a fe.

JUAN: ¿Cómo?

VIOLANTE: Si me quiere bien,
por fuerza le ha de pesar
de que me quieran casar.

JUAN: ¿Casaros? ¿Cuándo o con quién?

VIOLANTE: ¿Cuándo? Mañana temprano;
que ansín el cura lo dijo.

¿Con quién? Con Antón, el hijo
de mi viejo Bras Serrano.

¿Cómo? Con juntar las palmas
al tiempo que el sí pregunten;
mas ¿qué importa que las junten,
si no se juntan las almas?

¿Dónde? En cas del escribén
que mos hace la escretura.

¿Por quién? Por mano del cura,
delante del sacristén.

JUAN: Y vos ¿qué habéis respondido?

VIOLANTE: Que desde ví el otro día
los visajes feos que hacía
pariendo la de Garrido,
no casarme había propuesto
por no verme en apretura,
y porque en la paridura
sintiera el tener mal gesto.

JUAN: Y en fin...

VIOLANTE: En fin, lloró Antón,
enojóse la tendera,
rogómelo la barbera...
tengo brando el corazón;
y, mostrándome un sayuelo
con vivos de carmesí,
entre dientes le dí el sí...

JUAN: ¿Sí, distes?

VIOLANTE: Mirando al suelo.

JUAN: Pues, ¿qué tengo de hacer yo?

VIOLANTE: Su mercé debe burlarse.
Pues ¿había de casarse
conmigo?

JUAN: Pues ¿por qué no?

VIOLANTE: ¿A fe que se casaría?

JUAN: ¡Ay cielos! ¿No os lo juré?

VIOLANTE: Es verdad, no me acordé;
pero aun no es pasado el día.

JUAN: ¡Que el engaño aun en sayales
viva!

VIOLANTE: No llore; verá...

JUAN: ¿Qué he de ver?

VIOLANTE: ¿Qué? En yendo allá,
pujar la novia en seis reales;
podrá ser que se la lleve;
que así cada año se arrienda
la taberna, con la tienda.

No se afrija: pujan y pruebe.
¿Habemos de habrar de veras?

JUAN: ¿Luego éstas, burlas han sido?

VIOLANTE: En cuanto al darme marido,
nuevas traigo verdaderas;
y en cuanto a arrojar el sí,
aunque por fuerza, también.

JUAN: Pues ¿qué resta?

VIOLANTE: El querer bien
su mercé; que si es así,
todo puede remediarse.

JUAN: Haz prueba en mi voluntad.

VIOLANTE: Si que me quiere es verdad,
mañana puede mostrarse.

Diga acá que es mi madriño,
que en Vallecás lo desean,
y lleve amigos que sean

para todo, que imagino
que serán bien menester.
Y cuando juntos estemos,
y con el cura lleguemos
como se acostumbra her,
pescudará el licenciado,
"¿Queréis a Antón por esposo,
vos, Teresa de Barroso?"
Diréle yo, "De buen grado
quiero por dueño a don Juan."
Y si él responde, "Y yo a vos,"
tan matrimeños yo y vos
somos, como Eva y Adán.
Si ofendernos pretendieran
allí habrán de andar las manos;
mas si temen cual villanos,
y dejándonos se fueren,
viviremos con descanso,
él pagado y yo contenta;
y si no quiere, haga cuenta
que hablé por boca de ganso.

JUAN: Labradora de mis ojos,

aunque atropelle imposibles,
para quien no ama terribles,
de mi padre los enojos,
de mis deudos sentimientos,
la poca averiguación
de tu estado y opinión,
y otros mil impedimentos,
tu prisa y mi voluntad
me obliga a pasar por todo;
a tu engaño me acomodo,
no temo dificultad.

Yo iré a Vallecas mañana,
tus desposorios prevén.

VIOLANTE: Pardiez que es hombre de bien.

JUAN: Acá ha salido mi hermana.

Vete con Dios.

VIOLANTE: Es mi amiga;
sus galas me ha de prestar,
para que todo el lugar
me dé mañana una higa.

JUAN: Pues con ella aquí te queda;
que yo voy a prevenir

los que conmigo han de ir.
¡Quiera Amor que bien suceda!

Vase don JUAN y se retira doña VIOLANTE quedándose a la puerta por donde entró. Salen doña SERAFINA y don GABRIEL

SERAFINA: Creed, don Pedro, de mí
que si a vos las horas son
años en la dilación,
desde el instante que os ví,
juzgo un siglo cada día
que sin vos el alma pasa.

Doña VIOLANTE pregona

VIOLANTE: ¿Quieren escobas en casa?

SERAFINA: ¿Escobas?

VIOLANTE: De algarabía.

SERAFINA: Pues, Teresa, ¿qué mudanza

de oficio es éste?

VIOLANTE: Señora,
todos son de labradora,
y aun con todo, el pan no alcanza.

Ya vendo trigo, ya escobas,
y enojos también vendiera,
si hallara quien los quisiera.

GABRIEL: ¿Vos enojos?

VIOLANTE: Por arrobas.

GABRIEL: ¿Quién os los da?

VIOLANTE: ¡Qué sé yo!

Bellacos que andan de noche,
y engañan a trochemoche
a quien de ellos se fió.

Si no hubiera tantas bobas,
no hubiera embeleco tanto.

GABRIEL: No os entiendo.

VIOLANTE: No me espanto.
¿Han menester acá escobas?

GABRIEL: Por ser vos quien las vendéis,
gana de comprarlas dais.

VIOLANTE: Por ser vos quien las compráis,

gana de irme me ponéis.

GABRIEL: ¿Pues tan mal estáis conmigo?

VIOLANTE: No son buenos barrenderos
hombres.

SERAFINA: Y más caballeros
amantes.

VIOLANTE: También lo digo;
aunque vos tenéis figura,
cuando barrer os agrada,
a la primer escobada
como si hubiera basura,
echar hombres al rincón,
barriendo la voluntad.

SERAFINA A la margen apuntad,
don Pedro, a queste renglón.

GABRIEL: ¿Conocéisme vos?

VIOLANTE: Sois mozo,
y todos pecáis en esto.

GABRIEL: Colorada os habéis puesto.
Quitaos un poco el rebozo;
veré si la boca es tal
como lo que descubrís.

VIOLANTE: Si verdades de ella oís,
oleráos mi boca mal;
que la verdad que es más clara,
enturbia más.

GABRIEL: No hayáis miedo.

VIOLANTE: Arre pues; estése quedo,
que le barreré la cara.

GABRIEL: ¿Caras barréis?

VIOLANTE: Si comienza
a atreverse, lo verá,
aunque bien barrida está
vuesa cara de vergüenza.

SERAFINA: Sacudida es la villana.

VIOLANTE: Por sacudirme de sí
otro villano hasta aquí;
mas vengaréme mañana.

GABRIEL: Celos de algún labrador
tenéis. ¿Quebróos la palabra?

VIOLANTE: Sí, mas la tierra que labra,
a otro dará fruto y flor.

SERAFINA: ¿Cómo es eso?

VIOLANTE: Es cosa y cosa

que sólo la acierta yo.

¿Quieren escobas, o no?

GABRIEL: La villana está donosa.

Entretengamos un rato
con ella el tiempo.

VIOLANTE: Sí hará,
mas presto se cansará,
que es gitano y muda el hato.

GABRIEL: Conmigo tenéis la tema.

VIOLANTE: Con él y con cuantos hombres
sin obras tienen los nombres.

¡Mal haya quien no los quema!

GABRIEL: De entenderos me holgaría.

VIOLANTE: Entenderme fuera mengua
de las escobas la lengua.

¿Aprende él algarabía?

GABRIEL: ¿Todas de esa especie son?

VIOLANTE: También las hay de retama,
y a fe que amarga su rama;
que tienen la condición
de estos mozos sin consejos,
en las promesas almíbar,

y en el cumplimiento acíbar,
buena vista y malos dejos.

GABRIEL: Picada venís, a fe.

VIOLANTE: Picóme un bellaco ell alma.

GABRIEL: ¿Traéis escobas de palma?

VIOLANTE: Pues con él ¿hay palma en pie?

Pardiez, si fe al talle damos,
que, en su modo de mirar,
tien talle de despalmar
todo un domingo de Ramos.

No busque entre cortesanos
ni vino, ni palmas puras,
que no están de ellos seguras
ni aun las palmas de las manos.

GABRIEL: Sátira sois vos con alma.

VIOLANTE: Ya los moriscos se fueron,
que por las calles vendieron,
señor, esteras de palma.

GABRIEL: (Demonio es esta mujer,
Aparte
en traje de labradora.)
Adiós.

SERAFINA: ¿Vaisos?

GABRIEL: Tengo agora
cierto negocio que hacer.

Vase don GABRIEL

VIOLANTE: Pues solas mos han dejado,
decirla un secreto tengo.

Ella pensará que vengo
soldemente con cuidado
de vender y de her dinero;
pues si lo piensa, se engaña;
el decirla una maraña,
por lo mucho que la quiero,
me ha traído. Como voy
vendiendo, y do quiera me entro,
a veces cosas encuentro
que al enemigo las doy.
Sabrá pues que yo he sabido
que, aunque éste casarse tiene
con ella, de allá do viene,

una mujer ha traído
--de allá de Indias o de Irlanda--
con quien diz que vive mal;
y porque agora la tal
las bodas no estorbe en que anda,
hoy a Vallecas la lleva,
diciendo que la justicia
tiene de su amor noticia;
y ella su mudanza aprueba
mientras este rumor pasa.
Esto oí desde el zaguán
ayer yendo a vender pan,
y hallando este hombre en su casa.
Por eso mire primero
a quién toma por marido.

SERAFINA: ¿Mujer de Indias ha traído?

VIOLANTE: Y no mocosa.

SERAFINA: ¿Qué espero?

¿Dónde vive esa mujer?

VIOLANTE: Junto a Lavapiés vivía;

mas, si se muda este día,

¿qué intenta?

SERAFINA: Hacerla prender,
y no casarme después
con hombre que me ha engañado.

VIOLANTE: Un ángel pintiparado
la dama indiana es.

¿Luego ella creyó que hablaba
con el buen señor a bobas?

Quando aquí entré con escobas,
pullas a pares le echaba
pues sepa que, aunque villana,
todo se me entiende.

SERAFINA: En fin

¿trae una mujer rüín
consigo?

VIOLANTE: Mire: mañana
me caso yo, con perdón;
vaya su merced allá,
y en Vallecas la verá.

SERAFINA: ¿Vos os casáis?

VIOLANTE: Con Antón;
y el señor don Juan, su hermano,
quiere ir a ser mi padrino.

No es enfadoso el camino
de aquí allá, sí corto y llano.

Hágase padrina mía,
y dígaselo a don Juan;
que, si entrambos allá van,
fuera de darse un buen día,
yo le enseñaré la moza.

SERAFINA: Dices bien; a tu lugar
tengo de ir, y allá llevar
a don Pedro de Mendoza.

VIOLANTE: En fin, ¿será mi madrina?

SERAFINA: Pues.

VIOLANTE: ¡Bendíganla los cielos!
Porque madrina, y con celos,
no hay habrar, irá divina.

SERAFINA: Los celos ¿hacen hermosa?

VIOLANTE: Do quiera que hay competen-
cia,
echa el resto la presencia;
linda irá, si va celosa.

Yo no estaré de provecho,
si a mi lado, en fin, la saco;

mas no caben en un saco
la honra con el provecho.
Pues con ella me honro y medro,
ventaja en todo la doy.

Adiós.

SERAFINA: ¿Vaste?

VIOLANTE: Al lugar voy.

Vase doña VIOLANTE

SERAFINA: ¡Oh traidor! ¿Vos sois don Pe-
dro?

No dicen obras y nombres.

Razón el que afirma tiene
que cuanto de Indias nos viene
es bueno, si no es los hombres.

*Vase. Salen, de presos, don PEDRO y
AGUDO*

PEDRO: Basta, que no hay quien nos crea.

AGUDO: Pues paciencia y barajar,
que poco puede tardar
de Sevilla quien desea
desmarañar este enredo
y darnos a conocer.

PEDRO: Así me lo escribió ayer
el capitán Juan de Oviedo,
en cuya nave venimos;
pero temo que entre tanto
que se deshace este encanto
y aquesta prisión sufrimos,
se case este enredador,
que dará a sus bodas prisa,
como el peligro le avisa.

AGUDO: El serafín de tu amor
¡habrá gentil lance echado
en sabiendo esta quimera!

Sale VALDIVIESO, viejo

VALDIVIESO: ¿Sois vos don Gabriel de
Herrera,
que ha sido en Flandes soldado?

PEDRO: Otra tentación; Agudo,
¿qué responderé?

AGUDO: Que sí,
pues, de no afirmarlo así,
que al Nuncio nos lleven dudo.

PEDRO: ¿Qué es, señor, lo que mandáis?

VALDIVIESO: Mucho en conoceros gano.
Don Antonio, vuestro hermano,
de que de Flandes vengáis,
se huelga, y ésta os escribe
en respuesta de la vuestra.

PEDRO: Lo mucho que me ama muestra.
¿Cómo está?

VALDIVIESO: Achacoso vive;
mas no olvidado de vos,
pues os envía conmigo
cuatro mil escudos.

AGUDO: (Digo Aparte

que ya vuelve a vernos Dios.)

PEDRO: ¿Cuántos, señor?

VALDIVIESO: Cuatro mil.

Supe que estábades preso
por un extraño suceso
que me contó un alguacil;
y, aunque llegué de Granada
ayer, os vengo a ver hoy.

Lee el papel

PEDRO: ¡En qué de deudas le estoy!
A ocasión viene extremada
el dinero; que, sin él,
nunca saliera de aquí.
Lo que me escribe leí,
y sólo dice el papel
que, en dando a mis pretensiones
asiento, a verle me parta,
y que el que trae esta carta
me dará dos mil doblones.

VALDIVIESO: Venid, señor, a contarlos;
que aquí los traigo conmigo.

PEDRO: El alcaide, que es mi amigo,
Cornejo, podrá guardarlos.

AGUDO: ¿Yo soy Cornejo?

PEDRO: ¿Qué quieres,
si me hacen don Gabriel?

¿Qué aguardas? Vete con él.

AGUADO: Ya parte del hurto adquieres.

PEDRO: Yo cobraré lo demás.

AGUDO: Doblones del alma mía!
Venid, hidalgo.

VALDIVIESO: Cada día
estaré con vos de hoy más.

Vanse los dos

PEDRO: ¿Qué he de hacer? Todos han
dado
que soy don Gabriel. Sin duda
la Fortuna se me muda,

después que el nombre he mudado.
Ésta era la cantidad

que truje en oro y en perlas;
si en doblones llevo a verlas,
pase plaza de verdad
esta mentira; que así
las libranzas cobraré,
hasta que en Madrid esté
quien dé noticia de mí.

Sale don LUIS

LUIS: ¿Sois vos, señor caballero,
don Gabriel de Herrera?

PEDRO: (¿Hay cosa Aparte
en el mundo más donosa?
Como traiga más dinero,
habré de decir que sí;
si mis libranzas me diera,
lo que él me mandara fuera.)

LUIS: ¿No halláis méritos en mí
para responderme?

PEDRO: Digo
que el veros me divirtió,
y entre un confuso sí y no,
estoy dudando conmigo.

LUIS: Pues para mí el "no" dejad;
que el "sí" por verdad estimo.
Don Luis soy, vuestro primo;
los nobles brazos me dad.

PEDRO: ¿Quién sois?

LUIS: Don Lúis de Herrera,
que, deseoso de veros,
serviros y conoceros,
a pesar de la quimera
en que vuestro amor ha dado,
os vengo a dar libertad.

PEDRO: Mi ignorancia perdonad.
No supe, a fe de soldado,
que tal pariente tenía
en la corte.

LUIS: En fin, ¿ya puedo

llamaros don Gabriel?

PEDRO: Quedo
corrido. Amor desvaría.

¿Qué no puede una mujer?

Si el alma muda en un hombre,
no es mucho que mude el nombre.

LUIS: Bien sabéis por vos volver.

Si fuérades tan constante
como enamorado os veo,
que no se quejara creo
de vos la hermosa Violante,
que, atropellando caminos
por quien su fama atropella,
está aquí.

PEDRO: ¿Cómo?

LUIS: Por ella
supe vuestros desatinos.

Dadme licencia que así
los llame, por lo que os quiero.

¿Posible es que un caballero
tan poca estima de sí
haga, que palabras quiebre,

y obligaciones de honor
huya, manchando el valor
con que es bien que se celebre?

¿Merece tal hermosura
este pago? ¿Qué decís?

PEDRO: ¿Es posible, don LUIS,
que está aquí?

LUIS: Y en coyuntura,
que a intercesión suya
hoy soltaros hice en fiado.
Sus agravios me ha contado...

PEDRO: ¿Pues sabe que preso estoy?

LUIS: ¿Pues no lo había de saber?

PEDRO: ¿Y afirma que el que está preso
es don Gabriel?

LUIS: ¡Bueno es eso!
Pues si sois vos, ¿qué ha de hacer?

PEDRO: ¿Ha visto a mi opositor?

LUIS: No sé, por Dios.

PEDRO: (¡Cosa extraña! Aparte
Como a los demás la engaña
aqueste común error.

Pero salga yo de aquí;
que, en viéndome, cesará,
este enredo, y volverá,
como por su honor, por mí.)

LUIS: ¿En qué os habéis divertido?

PEDRO: ¿Qué queréis? No sé qué diera
porque sabido no hubiera
mis desatinos.

LUIS: Han sido
estímulos de su amor;
todos los perdonará
como os canséis, primo, ya
de hacer ofensa a su honor.

En Vallecas es madrina
de una bella labradora.

PEDRO: ¿Violante?

LUIS: Sí.

PEDRO: ¿Cuándo?

LUIS: Agora.

Que os lleve allá determina,
porque se ha de convertir
de madrina en desposada;

palabra la tengo dada
por vos, y luego habéis de ir
conmigo, pues estáis suelto.

PEDRO: Alto, aquesto ordena Dios.

Confesaré que por vos
el seso el cielo me ha vuelto.

Ya el alma tiene borrada
a la Serafina bella
de suerte que, por no vella,
pienso partirme a Granada
al punto.

LUIS: El mejor bocado
para la postre os guardé.

Primo, un pésame os daré
de un pláceme acompañado,
un luto, de oro cubierto.

Tenga a don Antonio Dios,
y déos larga vida a vos.

PEDRO: ¿Cómo?

LUIS: Vuestro hermano es muerto.

PEDRO: ¡Válgame el cielo!

LUIS: Heredáis

tres mil ducados de renta.

PEDRO: El dolor es de más cuenta
que las nuevas que me dais.

LUIS: Ahora bien, dejemos eso;
que es agridulce el pesar
que sentís. Vamos a hablar
al alcaide cuyo preso
sois, para que os suelte luego,
que estará doña Violante
con inquietudes de amante,
y en viéndoos tendrá sosiego.

PEDRO: Vamos. (Salga yo de aquí;
Aparte
desharáse este nublado.)
¡Ay hermano malogrado!
¡Qué de ello con vos perdí!

Vanse. Salen AGUADO y BLAS Serrano

AGUADO: Digo, pues, ya que Teresa
a esto está determinada,

y asegurando peligros
me ha soltado la palabra,
que, por dar buena vejez
a mis padres, y en Ocaña
satisfacer mis parientes,
que a Teresa buscando andan,
para que dándole muerte
no hereden sangre villana,
como ellos dicen, los hijos
que sucedan en mi casa;
que con Antón se despose,
pues ella gusta, y él la ama,
y son iguales los dos;
que yo ofrezco de dotarla
en cuatrocientos ducados;
daremos fin a las ansias
de mis padres, y con ella
cumplirá Antón su esperanza.

BLAS: Pardiez, señor don Alejo,
que, aunque en viñas vendimiadas
nunca anduve a la rebusca,
es tanto lo que me mata

este tonto de mi hijo,
que, porque no se me caiga
muerto un día de repente
--que no es mucho, según anda--
habré de callar; pues él
gusta de melón sin cata,
de ropa que está traída,
de zapato que otro calza,
allá con ella se avenga,
y muy buena pro le haga,
San Pedro se la bendiga,
y mi bendición les caiga.

Sale doña VIOLANTE, de labradora

VIOLANTE: Pues ¿qué tenemos de boda?

BLAS: Ya, Teresa, o poco o nada.

AGUADO: Hija sois de Blas Serrano,
si hasta aquí fuistes criada.

VIOLANTE: Pues no piense, suegro mío,
que me he dormido en las pajas.

Madrino tengo y padrina.

BLAS: ¿Quién son?

VIOLANTE: Gente cortesana.

El madrino, por lo menos,
será don Juan de Peralta,
en cuya casa doy pan,
y la padrina su hermana.

Yo apostaré que ya, llegan.

BLAS: Voy, pues, a poner de gala
a Antón, y a pedirle albricias.

VIOLANTE: Vístale, padre, de pascua;
llame al cura y sacristán,
a los alcaldes, a Olalla,
y en fin, llame a todo el pueblo;
que la casa tien bien ancha.

BLAS: ¿Y ha de haber baile?

VIOLANTE: ¿Pues no?

Pero Alfonso, el de Barajas,
mos tocará el tamboril
Gil Carrasco las sonajas,
y Mari Crespa el pandero.

BLAS: ¿Y ha de haber colación?

VIOLANTE: Traiga

nuégados, tostones, peros,
vino, nueces y castañas.

AGUADO: Gastaldo a mi costa todo.

BLAS: Yo vo. (¡Qué regocijada

Aparte

que anda el diablo de la moza!

Mas es mujer, ¿qué me espanta?

Dieran ellas, por casarse

una vez cada semana,

un dedo por cada boda,

aunque se quedaran mancas.)

Vase BLAS

VIOLANTE: ¿Qué dices, Aguado, de esto?

AGUADO: Que eres Pedro de Urdemalas.

VIOLANTE: Di Teresa de Urdebuenas.

La corte tengo enredada.

AGUADO: Tu hermano viene acá y todo;

que don LUIS dió palabra,

porque al preso consintiese
soltar, de hacer que, olvidadas
injurias, fuese a Valencia
con él, y diese a su hermana
satisfacción amorosa,
y la mano con el alma.

Habló tu hermano a don Pedro,
y él, que entre invenciones tantas,
y verse sin culpa preso,
o está loco o poco falta,
concedió con cuanto quiso,
y vienen acá.

VIOLANTE: ¡Extremada
novela se puede hacer,
Aguado, de esta maraña!

AGUADO: Dos coches llegan de rúa.
Ellos serán.

VIOLANTE: ¡Qué bizarra
que viene la Serafina!

AGUADO: Tráenla celos, ¿qué te espanta?

*Por una puerta salen don VICENTE, don JUAN,
don
GÓMEZ, doña SERAFINA, CORNEJO y don
GABRIEL; y por
otra don LUIS, don PEDRO y AGUDO*

GÓMEZ: Pregunten adónde viven
el novio y la desposada.

VIOLANTE: ¡Oh señores! Bien venidos;
todo el pueblo los aguarda.

SERAFINA: Pues, ¿cómo no estáis de boda?

VIOLANTE: Acá de un golpe se encajan
las galas, como bonete;
mientras que tañen y bailan,
me pondré de veinte y cinco.

Vase doña VIOLANTE

PEDRO: (Basta, que ésta es la villana
Aparte

que también de mí hizo burla.)

GABRIEL: ¿Qué es esto? ¿Ya don Pedro anda
suelto y libre y tan contento?

CORNEJO: ¿Qué quieres? Dios ve las
trampas.

PEDRO: (Sólo espera mi ventura
Aparte
que doña Violante salga,
y de don Gabriel me vengue.)

AGUADO: (Cosa ha de ser extremada,
Aparte
cuando de manos a boca
cogiéndole, se deshaga,
a costa de su vergüenza,
aquesta torre encantada.)

GABRIEL: ¿A qué, mi bien, me traéis
a esta boda?

SERAFINA: A que una dama
veáis, de quien tengo celos,
que han de parar en venganzas.

GABRIEL: ¿Celos de mí?

SERAFINA: ¡Bueno es eso!

Todo se sabe.

GABRIEL: Ya bastan,

si son burlas.

SERAFINA: Sí serán,

y yo en ellas la burlada.

PEDRO: ¿Cuándo, señor don Vicente,
hemos de partir?

VICENTE: Mañana.

LUIS: Yo sé que antes que a Valencia,
gustaréis ver a Granada,
y tomar la posesión
de su mayorazgo y casa
a don Gabriel.

VICENTE: Danme prisa
sentimientos de mi hermana.

PEDRO: Presto se convertirán
en regocijos sus ansias.

VICENTE: ¿Cómo, si no es yendo a verla?

PEDRO: Escribiéndola una carta.

SERAFINA: ¡Gallardo padrino hacéis!

JUAN: Y vos madrina gallarda.

(¡Ay villana de mis ojos! Aparte
¿Si ha de llegar mi esperanza
al colmo de mis deseos?)

Sale BLAS Serrano

BLAS: Oh señores! ¿Acá estaban?
Con los buenos años vengan.
La aldea dejan honrada.
Pero esperen, que ya sale
a verlos la desposada,
a lo de corte como ellos,
tiesa y engorgollotada.

JUAN: ¿Qué es del novio?

BLAS: De Madrid
trujo unos diabros de calzas
de alquiler, y hase perdido
entre tantas cuchilladas.

Sale de dama doña VIOLANTE

VIOLANTE: Primero que los vecinos de Vallecas a ver salgan el fin de tantos enredos, es razón que se deshagan. Don Gabriel, vos sois mi esposo, y yo, puesto que injuriada, doña Violante, que trueca en amores sus venganzas. En prueba de esta verdad, firmas alego y palabras delante de don Vicente, que es el juez de nuestra causa. Vos, don Pedro de Mendoza, por más que truecos de Arganda usurpar hayan querido vuestro nombre y vuestra dama, gozad vuestro serafín; que, si trabajos alcanzan premios de amor, su hermosura con razón los vuestros paga. Perdonad, don Juan, mis burlas;

que, si tuviera dos almas,
dueño la una os hiciera;
mas la que tengo es esclava.

Don Lúis, de mi remedio
os doy las debidas gracias,
los brazos a don Vicente,
y a mi esposo la constancia
del corazón que le adora.

GABRIEL: Lo que en mis disculpas falta,
suplirá desde hoy mi amor,
venturoso, si es que alcanza
de don Vicente y don Pedro
perdón y amistad.

PEDRO: No agravian
burlas de amor, cuando tienen
tan buen fin.

VICENTE: Siendo mi hermana
esposa vuestra, ¿quién duda
que mi injuria está olvidada?

GABRIEL: Guardada, señor don Pedro,
os tengo vuestra libranza,
y el precio de vuestras joyas

hice que en oro os llevaran
por el modo que sabéis.

PEDRO: El amante todo es trazas.

SERAFINA: Yo la daré desde hoy
de pagaros con el alma
la burla que de vos hice.

PEDRO: Si me amáis, ¿qué mayor paga?

LUIS: Supuesto que sois mi primo,
y que de aquestas marañas,
como a todos los presentes,
su parte también me alcanza,
dad a don Luis de Herrera
los brazos.

GABRIEL: Si en Madrid hallan
mis dichas tan buen suceso,
desde hoy la tendré por patria.

LUIS: Pues volvámonos a ella;
que, para que no sea aguada
esta fiesta, yo os diré
lo que ignoráis de Granada.

BLAS: Pues el novio ¿qué ha de her
después que gastó en las bragas

un ducado?

VIOLANTE: Con quinientos
que os prometo, renovarlas.

PEDRO: Alto: a los coches, señores.

VIOLANTE: Yo soy, si acaso os agrada,
la villana de Vallecas;
mas, si no, no seré nada.